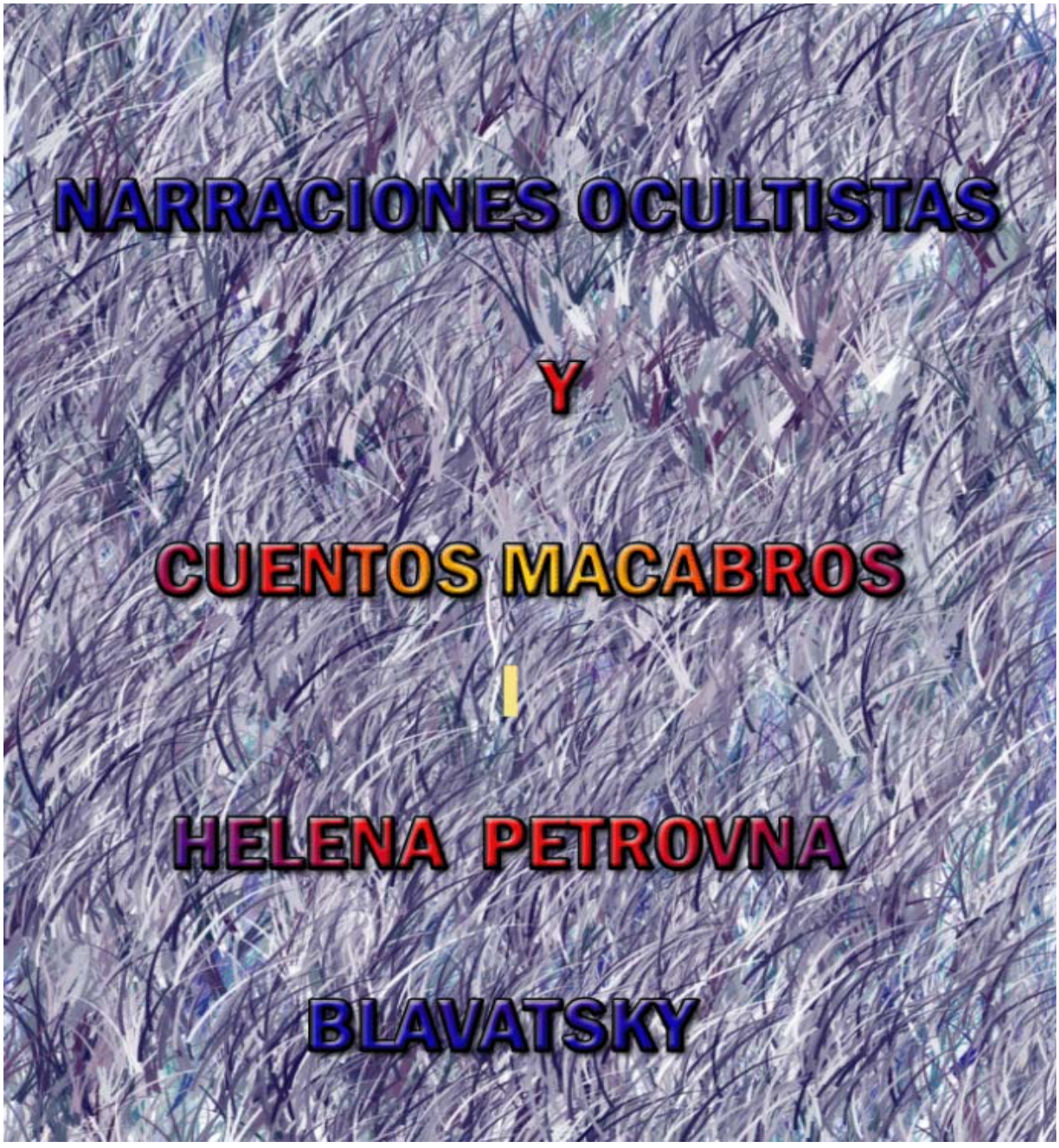
LIBRO dot.com

NARRACIONES OCULTISTAS Y CUENTOS MACABROS I

H. P. BLAVATSKY



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

NARRACIONES OCULTISTAS
Y CUENTOS MACABROS

ÍNDICE

La cueva de los ecos
Un Matusalén ártico
El campo luminoso
Una vida encantada

LA CUEVA DE LOS ECOS
UNA HISTORIA EXTRAÑA,
PERO VERDADERA[1]

En una de las provincias más distantes del Imperio ruso y en una pequeña ciudad fronteriza a la Siberia, ocurrió hace más de treinta años una tragedia misteriosa. A cosa de seis verstas de la ciudad de P…, célebre por la hermosura salvaje de sus campiñas y por la riqueza de sus habitantes, en general propietarios de minas y de fundiciones de hierro, existía una mansión aristocrática. La familia que la habitaba se componía del dueño, solterón viejo y rico, y de su hermano, viudo con dos hijos y tres hijas. Se sabía que el propietario, señor Izvertzoff, había adoptado a los hijos de su hermano, y habiendo tomado un cariño especial por el mayor de sus sobrinos, llamado Nicolás, le instituyó único heredero de sus numerosos Estados.

Pasó el tiempo. El tío envejecía y el sobrino se acercaba a su mayor edad. Los días y los años habían pasado en una serenidad monótona, cuando en el hasta entonces claro horizonte de la familia se formó una nube. En un día desgraciado se le ocurrió a una de las sobrinas aprender a tocar la cítara. Como el instrumento es de origen puramente teutón, y como no podía encontrarse maestro alguno en los alrededores, el complaciente tío envió a buscar uno y otro a San Petersburgo. Después de una investigación minuciosa, sólo pudo darse con un profesor que no tuviera inconveniente en aventurarse a ir tan cerca de la Siberia. Era un artista alemán, anciano, que compartiendo su cariño igualmente entre su instrumento y su hija, rubia y bonita, no quería separarse de ninguno de los dos. Y así sucedió que en una hermosa mañana llegó el profesor a la mansión, con su caja de música debajo del brazo y su linda Minchen apoyándose en el otro.

[1] Esta historia está sacada del relato de un testigo presencial, un señor ruso muy piadoso y digno de crédito. Además, los hechos están copiados de los registros de la Policía de P…El testigo en cuestión los atribuye, por supuesto, parte a la intervención divina y parte al diablo

Desde aquel día la pequeña nube empezó a crecer rápidamente, pues cada vibración del melodioso instrumento encontraba un eco en el corazón del viejo solterón. La música despierta el amor, se dice, y la obra comenzada por la cítara fue completada por los hermosos ojos azules de Minchen. Al cabo de seis meses, la sobrina se había hecho una hábil tocadora de cítara y el tío estaba locamente enamorado.

Una mañana reunió a su familia adoptiva, abrazó a todos muy cariñosamente, prometió recordarlos en su testamento y, por último, se desahogó declarando su resolución inquebrantable de casarse con la Minchen de ojos azules. Después se les echó al cuello y lloró en silencioso arrobamiento. La familia, comprendiendo que la herencia se le escapaba, lloró también, aunque por causa muy distinta. Después de haber llorado se consolaron y trataron de alegrarse, pues el anciano caballero era amado sinceramente de todos. Sin embargo, no todos se alegraron. Nicolás, que también se había sentido herido en el corazón por la linda alemana, y que de un golpe se veía privado de ella y del dinero de su tío, ni se consoló ni se alegró, sino que desapareció durante todo un día.

Mientras tanto el señor Izvertzoff había ordenado que preparasen su coche de viaje para el día siguiente, y se susurró que iba a la capital del distrito, a alguna distancia de su casa, con la intención de variar su testamento. Aunque era muy rico, no tenía ningún administrador de sus Estados y él mismo llevaba sus libros de contabilidad. Aquella misma tarde, después de cenar, se le oyó en su habitación reprendiendo agriamente a un criado que hacía más de treinta años estaba a su servicio. Este hombre, llamado Iván, era natural del Asia del Norte, de Kanischatka; había sido educado por la familia en la religión cristiana, y se le creía muy adicto a su amo. Unos cuantos días después, cuando la primera de las trágicas circunstancias que voy a relatar había traído a aquel sitio a toda la fuerza de la Policía, se recordó que Iván estaba borracho aquella noche; que su amo, que tenía horror a este vicio, le había apaleado paternalmente y le había echado fuera de la habitación, y aun se le vio dando traspiés fuera de la puerta y se le oyeron proferir amenazas.

En el vasto dominio del señor Izvertzoff había una extraña caverna que excitaba la curiosidad de todo el que la visitaba. Existe hoy todavía, y es muy conocida de todos los habitantes de P…Un bosque de pinos comienza a corta distancia de la puerta del jardín y sube en escarpadas laderas a lo largo de cerros rocosos, a los que ciñe con el ancho cinturón de su vegetación impenetrable. La galería que conduce al interior de la caverna, conocida por la Cueva de los Ecos, está situada a media milla de la mansión, desde la cual aparece corno una pequeña excavación de la ladera, oculta por la maleza, aunque no tan completamente que impida ver cualquier persona que entre en ella desde la terraza de la casa. Al penetrar en la gruta, el explorador ve en el fondo de la misma una estrecha abertura, pasada la cual se encuentra una elevadísima caverna, débilmente iluminada por hendiduras en el abovedado techo a cincuenta pies de altura. La caverna es inmensa, y podría contener holgadamente de dos a tres mil personas. En el tiempo del señor Izvertzoff una parte de ella estaba

embaldosada, y en el verano se usaba a menudo como salón de baile en las jiras campestres. Es de forma oval irregular, y se va estrechando gradualmente hasta convertirse en un ancho corredor que se extiende varias millas, ensanchándose a trechos y formando otras estancias tan grandes y elevadas como la primera, pero con la diferencia de que no pueden cruzarse sino en botes, por estar siempre llenas de agua. Estos receptáculos naturales tienen la reputación de ser insondables.

En la orilla del primero dé estos canales existe una pequeña plataforma con algunos asientos rústicos, cubiertos de musgo, convenientemente colocados, y en este sitio es donde se oye en toda su intensidad el fenómeno de los ecos que dan nombre a la gruta. Una palabra susurrada, y hasta un suspiro, es recogido por infinidad de voces burlonas, y en lugar de disminuir de volumen, como hacen los ecos honrados, el sonido se hace más y más intenso a cada sucesiva repetición, hasta que al fin estalla como la repercusión de un tiro de pistola y retrocede en forma de gemido lastimero a lo largo del corredor.

En el día en cuestión, el señor Izvertzoff había indicado su intención de dar un baile en esta cueva al celebrar su boda, que había fijado para una fecha cercana. Al día siguiente por la mañana, mientras hacía sus preparativos para el viaje, su familia le vio entrar en la gruta acompañado solamente por su criado siberiano. Media hora después Iván volvió a la mansión por una tabaquera que su amo había dejado olvidada, y regresó con ella a la gruta. Una hora más tarde la casa entera se puso en conmoción por sus grandes gritos. Pálido y chorreando agua, Iván se precipitó dentro como un loco, y declaró que el señor Izvertzoff había desaparecido, pues que no se le encontraba en ninguna parte de la caverna. Creyendo que se habla caído en el lago, se había sumergido en el primer receptáculo en su busca, con peligro inminente de su propia vida.

El día pasó sin que diesen resultado las pesquisas en busca del anciano. La Policía invadió la casa, y el más desesperado parecía ser Nicolás, el sobrino, que a su llegada se había encontrado con la triste noticia.

Una negra sospecha recayó sobre Iván el siberiano. Había sido castigado por su amo la noche anterior y se le había oído jurar que tomaría venganza. Le había acompañado solo a la cueva, y cuando registraron su habitación se encontró debajo de la cama una caja llena de riquísimas joyas de familia. En vano fue que el siervo pusiese a Dios por testigo de que la caja le había sido confiada por su amo precisamente antes de que se dirigieran a la cueva; que la intención de su amo era hacer remontar las joyas que destinaba a la novia como regalo, y que él, Iván, daría gustoso su propia vida para devolvérsela a su amo, si supiese que éste estaba muerto. No se le hizo ningún caso, sin embargo, y fue arrestado y metido en la cárcel bajo acusación de asesinato. Allí se le encerró, pues según la legislación rusa, no podía, al menos por aquellos tiempos, ser condenado criminal alguno a muerte, por demostrado que estuviese su delito, siempre que no se hubiese confesado culpable.

Después de una semana de inútiles investigaciones, la familia se vistió de riguroso luto, y como el testamento primitivo no había sido modificado, toda la propiedad pasó a manos del sobrino. El viejo profesor y su hija soportaron este repentino revés de la fortuna con flema verdaderamente germánica, y se prepararon a partir. El anciano cogió su cítara debajo del brazo y se dispuso a marchar con su Minchen, cuando el sobrino le detuvo, ofreciéndose, en lugar de su difunto tío, como esposo de la linda damisela. Encontraron muy agradable el cambio, y, sin causar gran ruido, fueron casados los dos jóvenes.

Transcurrieron diez años, y nos encontramos nuevamente a la feliz familia al principio de 1859. La linda Minchen se había puesto gruesa y se había hecho vulgar. Desde el día de la desaparición del anciano, Nicolás se había vuelto áspero y retraído en sus costumbres, admirándose muchos de tal cambio, pues nunca se le veía sonreír. Parecía que el único objeto de su vida era el encontrar al asesino de su tío o, más bien, hacer que Iván confesase su crimen. Pero este hombre persistía aún en que era inocente.

Sólo un hijo había tenido la joven pareja, y por cierto que era un niño extraño. Pequeño, delicado y siempre enfermo, parecía que su frágil vida pendía de un hilo. Cuando sus facciones estaban en reposo era tal su parecido con el tío, que los individuos de la familia a menudo se alejaban de él con terror. Tenía la cara pálida y arrugada de un viejo de sesenta años sobre los hombros de un niño de nueve. Nunca se le vio reír ni jugar. Encaramado en su silla alta, permanecía sentado gravemente, cruzando los brazos de una manera que era peculiar al difunto señor Izvertzoff, y así se pasaba horas y horas inmóvil y adormecido. A sus nodrizas se les veía a menudo santiguarse furtivamente al acercarse a él por la noche, y ninguna de ellas hubiera consentido en dormir a solas con él en su cuarto. La conducta del padre para con su hijo era aún más extraña. Parecía quererlo apasionadamente y al mismo tiempo odiarlo en extremo. Muy rara vez le besaba o acariciaba, sino que, con semblante lívido y ojos espantados, pasaba largas horas mirándole, mientras que el niño estaba tranquilamente sentado en su rincón, con sus maneras de viejo propias de un duende. El niño no había salido nunca de la hacienda, y pocos de la familia conocían su existencia.

A mediados de julio, un viajero húngaro, de elevada estatura, precedido de una gran reputación de excentricidad, fortuna y poderes misteriosos, llegó a la ciudad de P…desde el Norte, donde había residido muchos años. Se estableció en la pequeña ciudad en compañía de un shamano, o mago de la Siberia del Sur, con quien se decía que verificaba experimentos de magnetismo. Daba comidas y reuniones, e invariablemente exhibía a su shamano, de quien estaba muy orgulloso, para divertir a sus huéspedes. Un día los notables de P…invadieron repentinamente los dominios de Nicolás Izvertzoff solicitando les prestase su cueva para pasar una velada. Nicolás consintió con gran repugnancia, y sólo después de una vacilación aún mayor se dejó persuadir para unirse a la partida.

La primera caverna y la plataforma al lado del insondable lago estaban refulgentes de luz. Centenares de velas y de antorchas de vacilantes llamas, metidas en las hendiduras de las rocas, iluminaban aquel sitio, y ahuyentaban las sombras de ángulos y rincones en donde habían estado agazapadas, sin ser molestadas, durante muchos años. Las estalactitas de las paredes chispeaban brillantemente, y los dormidos ecos fueron repentinamente despertados por alegre confusión de risas y conversaciones.

El shamano, a quien su amigo y patrón no había perdido de vista un momento, estaba sentado en un rincón, y, como de costumbre, hipnotizado, encaramado en una roca saliente a la mitad del camino entre la entrada y el agua. Con su rostro de amarillo limón, lleno de arrugas, su nariz chata y barba rala, parecía más bien un horrible ídolo de piedra que un ser humano. Muchos de la partida se apretaban a su alrededor recibiendo atinadas contestaciones a las preguntas que le dirigían, pues el húngaro sometía gustoso su "sujeto" magnetizado a los interrogatorios.

De pronto una señora hizo la observación de que en aquella misma cueva había desaparecido el señor Izvertzoff hacía diez años. El extranjero pareció interesarse en el caso, mostrando deseos de saber lo acaecido. En su consecuencia, buscaron a Nicolás entre la multitud y le condujeron delante del grupo de curiosos. Era el huésped, y le fue imposible el negarse a hacer la deseada narración. Repitió, pues, el triste relato con voz temblorosa, pálido semblante y viéndosele brillar las lágrimas en sus ojos febriles. Los asistentes se afectaron mucho, murmurando grandes elogios sobre la conducta del amante sobrino, que tan bien honraba la memoria de su tío y bienhechor. Cuando, de repente, la voz de Nicolás se ahogó en su garganta, sus ojos parecieron salir de sus órbitas y, con un gemido ronco, retrocedió tambaleándose. Todos los ojos siguieron con curiosidad su aterrada vista, que se fijó y permaneció clavada sobre una diminuta cara de bruja que se asomaba por detrás del húngaro.

– ¿De dónde vienes? ¿Quién te trajo aquí, niño?– balbuceó Nicolás, pálido como la muerte.

–Yo estaba acostado, papá; este hombre vino por mi y me trajo aquí en sus brazos –contestó con sencillez el muchacho, señalando al shamano, a lado de quien se hallaba en la roca, y el cual seguía con los ojos cerrados, moviéndose de un lado a otro como un péndulo viviente.

–Esto es muy extraño –observó uno de los huéspedes –, pues este hombre no se ha movido de su sitio.

– ¡Gran Dios! ¡Qué parecido tan extraordinario!– murmuró un antiguo vecino de la ciudad, amigo de la persona desaparecida.

– ¡Mientes, niño!–exclamó con fiereza el padre –Vete a la cama, éste no es sitio para ti.

–Vamos, vamos –dijo el húngaro, interponiéndose con una expresión extraña en su cara, y rodeando con sus brazos la delicada figura del niño–; el pequeño ha visto el doble de mi shamano

que a menudo vaga a gran distancia de su cuerpo, y ha tomado al fantasma por el hombre mismo. Dejadlo permanecer un rato con nosotros.

A estas extrañas palabras los asistentes se miraron con muda sorpresa, mientras que algunos hicieron piadosamente el signo de la cruz, presumiendo, indudablemente, que se trataba del diablo y de sus obras.

–Y por otro lado –siguió diciendo el húngaro con un acento de firmeza peculiar, dirigiéndose a la generalidad de los concurrentes más bien que a algunos en particular – ¿por qué no habríamos de tratar, con ayuda de mis shamano de descubrir el misterio que encierra esta tragedia? Está todavía en la cárcel la persona de quien se sospecha. ¿Cómo no ha confesado su delito todavía? Esto es seguramente muy extraño; pero vamos a saber la verdad dentro de algunos minutos. ¡Que todo el mundo guarde silencio!

Se aproximó entonces al tehuktchené, e inmediatamente dio principio a sus manipulaciones, sin siquiera pedir permiso al dueño del lugar. Este último permanecía en su sitio como petrificado de horror y sin poder articular una palabra. La idea encontró una aprobación general, a excepción de él, y especialmente aprobó el pensamiento el inspector de Policía, coronel S.

–Señoras y caballeros –dijo el magnetizador con voz suave–: permitidme que en esta ocasión proceda de una manera distinta de lo que generalmente acostumbro a hacerlo. Voy a emplear el método de la magia nativa. Es más apropiado a este agreste lugar y de mucho más efecto, corno ustedes verán, que nuestro método europeo de magnetización.

Sin esperar contestación, sacó de un saco que siempre llevaba consigo, primeramente, un pequeño tambor, y después dos redomas pequeñas, una llena de un líquido y la otra vacía. Con el contenido de la primera roció al shamano, quien empezó a temblar y a balancearse más violentamente que nunca. El aire se llenó de un perfume de especias, y la misma atmósfera pareció hacerse más clara. Luego, con horror de los presentes, se acercó al tibetano, y sacando de un bolsillo un puñal en miniatura, le hundió la acerada hoja en el antebrazo y sacó sangre, que recogió en la redoma vacía. Cuando estuvo medio llena oprimió el orificio de la herida con el dedo pulgar, y detuvo la salida de la sangre con la misma facilidad que si hubiera puesto el tapón a una botella, después de lo cual roció la sangre sobre la cabeza del niño. Luego se colgó el tambor al cuello y, con dos palillos de marfil cubiertos de signos y letras mágicas, empezó a tocar una especie de diana para atraer los espíritus, según él decía.

Los circunstantes, medio sorprendidos, medio aterrorizados por este extraordinario procedimiento, se apiñaban ansiosamente a su alrededor, y durante algunos momentos reinó un silencio de muerte en toda la inmensa caverna. Nicolás, con semblante lívido como el de un cadáver, permanecía sin articular palabra. El magnetizador se había colocado entre el shamano y la plataforma, cuando principió a tocar lentamente el tambor. Las primeras notas eran como sordas, y

vibraban tan suavemente en el aire, que no despertaron eco alguno; pero el shamano apresuró su movimiento de vaivén y el niño se mostró intranquilo. Entonces el que tocaba el tambor principió un canto lento, bajo, solemne e impresionante.

A medida que aquellas palabras desconocidas salían de sus labios, las llamas de las velas y de las antorchas ondulaban y fluctuaban, hasta que principiaran a bailar al compás del canto. Un viento frío vino silbando de los obscuros corredores, más allá del agua, dejando en pos de sí un eco quejumbroso. Luego una especie de neblina que parecía brotar del suelo y paredes rocosas se condensó en torno del shamano y del muchacho. Alrededor de este último el aura era plateada y transparente, pero la nube que envolvía al primero era roja y siniestra. Aproximándose más a la plataforma, el mago dio un redoble más fuerte en el tambor; redoble que esta vez fue recogido por el eco con un efecto terrorífico. Retumbaba cerca y lejos con estruendo incesante; un clamor más y más ruidoso sucedía a otro, hasta que el estrépito formidable pareció el coro de mil voces de demonios que se levantaban de las insondables profundidades del lago. El agua misma, cuya superficie, iluminada por las muchas luces, había estado hasta entonces tan llana como un cristal, se puso repentinamente agitada, como si una poderosa ráfaga de viento hubiese recorrido su inmóvil superficie.

Otro canto, otro redoble del tambor, y la montaña entera se estremeció hasta sus cimientos, con estruendos parecidos a los de formidables cañonazos disparados en los inacabables y obscuros corredores. El cuerpo del shamano se levantó dos yardas en el aire y, moviendo la cabeza de un lado a otro y balanceándose, apareció sentado y suspendido como una aparición. Pero la transformación que se operó entonces en el muchacho heló de terror a cuantos presenciaban la escena. La nube plateada que rodeaba al niño pareció que le levantaba también en el aire; mas, al contrario del shamano, sus pies no abandonaron el suelo. El muchacho principió a crecer como si la obra de los años se verificase milagrosamente en algunos segundos. Se tornó alto y grande, y sus seniles facciones se hicieron más y más viejas, a la par que su cuerpo. Unos cuantos segundos más, y la forma juvenil desapareció completamente, absorbida en su totalidad por otra individualidad diferente y con horror de los circunstantes, que conocían su apariencia, esta individualidad era la del viejo Sr. Izvertzoff, quien tenía en la sien una gran herida abierta, de la que caían gruesas gotas de sangre.

El fantasma se movió hacia Nicolás, hasta que se puso directamente enfrente de él, mientras que éste, con el pelo erizado y con los ojos de un loco, miraba a su propio hijo transformado inesperadamente en su tío mismo. El silencio sepulcral fue interrumpido por el húngaro, quien, dirigiéndose al niño–fantasma, le preguntó con voz solemne:

–En nombre del gran Maestro, de Aquel que todo lo puede, contéstanos la verdad y nada más que la verdad. Espíritu intranquilo, ¿te perdiste por accidente, o fuiste cobardemente asesinado?

Los labios del espectro se movieron, pero fue el eco el que contestó en su lugar, diciendo con lúgubres resonancias:

– ¡Asesinado! ¡Asesinado! ¡A–se–si–na–do!...

– ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Por quién? –preguntó el conjurador.

La aparición señaló con el dedo a Nicolás, y sin apartar la vista ni bajar el brazo se retiró, andando lentamente de espaldas y hacia el lago. A cada paso que daba el fantasma, Izvertzoff el joven, como obligado por una fascinación irresistible, avanzaba un paso hacia él, hasta que el espectro llegó al lago, viéndosele en seguida deslizarse sobre su superficie. ¡Era una escena de fantasmagoría verdaderamente horrible!

Cuando llegó a dos pasos del borde del abismo de agua, una violenta convulsión agitó el cuerpo del culpable. Arrojándose de rodillas se agarró desesperadamente a uno de los asientos rústicos y, dilatándose sus ojos de una manera salvaje, dio un grande y penetrante grito de agonía. El fantasma entonces permaneció inmóvil sobre el agua y, doblando lentamente su dedo extendido, le ordenó acercarse. Agazapado, presa de un terror abyecto, el miserable gritaba hasta que la caverna resonó una y otra vez:

– ¡No fui yo…, no; yo no os asesiné!

Entonces se oyó una caída; era el muchacho que apareció sobre las obscuras aguas luchando por su vida en medio del lago, viéndose a la inmóvil y terrible aparición inclinada sobre él.

– ¡Papá, papá, sálvame…que me ahogo!…–exclamó una débil voz lastimera en medio del ruido de los burlones ecos.

– ¡Mi hijo!–gritó Nicolás con el acento de un loco y poniéndose en pie de un salto –. ¡Mi hijo! ¡Salvadlo! ¡Oh! ¡Salvadlo!… ¡Sí, confieso! ¡Yo soy el asesino!… ¡Yo fui quien le mató!

Otra caída en el agua, y el fantasma desapareció. Dando un grito de horror los circunstantes se precipitaron hacia la plataforma; pero sus pies se clavaron repentinamente en el suelo al ver, en medio de los remolinos, una masa blanquecina e informe enlazando al asesino y al niño en un estrecho abrazo y hundiéndose lentamente en el insondable lago.

A la mañana siguiente, cuando, después de una noche de insomnio, algunos de la partida visitaron la residencia del húngaro, la encontraron cerrada y desierta. Él y el shamano habían desaparecido. Muchos son los habitantes de P…que recuerdan el caso todavía. El Inspector de Policía, Coronel S., murió algunos años después en la completa seguridad de que el noble viajero era el diablo. La consternación general creció de punto al ver convertida en llamas la mansión Izvertzoff aquella misma noche. El Arzobispo ejecutó la ceremonia del exorcismo; pero aquel lugar se considera maldito hasta el presente. En cuanto al Gobierno, investigó los hechos y…ordenó el silencio.

UN MATUSALÉN ÁRTICO
HISTORIETA DE NAVIDAD

El antiguo castillo de un rico propietario de Finlandia se veía muy favorecido de gentes en aquella fría noche de Navidad, gentes reunidas al amor del fuego del clásico hogar, todo recuerdos de la santa tradición hospitalaria de sus nobles antepasados, por la que se conservaban aún vivas las prácticas y supersticiones de la Edad Media, en parte rusas, llevadas de las orillas del Nieva por los últimos dueños.

No faltaban, no, en aquella noche augusta consagrada por los siglos, ni el árbol de Noel, de o Navidad, ni los demás preparativos de fiesta que son de rigor allí como en toda la tierra.

El castillo estaba lleno de tesoros arcaicos: los ceñudos retratos de los antecesores en viejos y carcomidos marcos; toda clase de armas de caballeros en las panoplias, y de antiguos vestuarios señoriles en los armarios. Extenso, misterioso, el tal castillo, como todos los edificios de su clase, no faltaban en él tampoco antiguos torreones desportillados y desiertos; baluartes almenados; góticos ventanales; sus sótanos mohosos, obscuros e interminables, no visitados desde hacía quizá docenas de generaciones, y enlazados con cuevas y escapes subterráneos, donde más de un preso había quizá padecido las torturas de alguna vieja venganza, para retornar su espectro, después de muerto aquél de angustia, a pedir justicia contra los vivos. Era, en fin, el tal castillo–palacio, un resto imponente de un pasado feudal no menos imponente que él mismo y el más apto, por tanto, para la reproducción de toda clase de horrores románticos. Tranquilícese, sin embargo, el lector, que semejante marco de antiguos horrores no va a jugar papel alguno, como podía esperarse, en esta mi verídica narración.

El héroe principal de ella es, por el contrario, un hombre vulgarísimo a quien llamaremos Erkler, o mejor el Dr. Erkler, profesor de medicina, alemán por línea paterna y completamente ruso por su educación, como por su madre.

El Dr. Erkler era un consumado viajero, por haber acompañado en todas sus empresas a uno de los más famosos exploradores en sus viajes alrededor del mundo. Uno y otro, el doctor y el explorador, habían tenido ocasiones varias de ver cara a cara la muerte y desafiarla intrépidos, ora bajo las nieves polares, ora bajo los tórridos calores del trópico.

.

Entre el cúmulo de sus tan numerosos como emocionantes recuerdos, el doctor parecía mostrar una no disimulada preferencia entusiasta hacia “sus inviernos” pasados en Groenlandia y Nueva Zembla, más que hacia aquellos otros, por ejemplo, de la Australia, donde, entre otras peripecias graves, estuvieron a punto de morir de sed él y los suyos durante una travesía de catorce horas sin sombra ni agua.

–Sí –solía decir el doctor en medio de sus pintorescas y vivas narraciones. – Lo he experimentado todo... ¡Todo, excepto eso que, en su ignorancia, llaman lo sobrenatural las gentes supersticiosas!…Sin embargo –añadió, con trémula y baja voz –, hay en mi ya larga vida un suceso sumamente extraordinario. He tropezado una vez con un extraño hombre, rodeado de circunstancias completamente inexplicables, capaces de confundir al más escéptico…

Todos los circunstantes sintieron, al oír aquello, el aletazo de la curiosidad, una curiosidad terrorífica, bien adecuada al momento aquel en que el viento silbaba con estrépito y caía la nieve en abundancia, haciendo más inestimable el beneficio de las comodidades de cuantos le escuchaban al doctor en torno del hogar. El sabio continuó de esta manera:

–En el año de mil ochocientos setenta y ocho nos fue forzoso invernar en la costa noroeste de Spizberg, en nuestra exploración del fugaz verano anterior hacia el polo. Como de costumbre, el propósito de abrirnos un camino hacia el polo ártico, fracasó por causa de los iceberg, y tras vanos esfuerzos tuvimos que rendirnos a la dura fatalidad. De allí a pocos días, la terrible noche polar tendió sobre nosotros su manto cruel, y nuestras naves quedaron aprisionadas por los hielos en el golfo del Mussel, donde habíamos de pasar ociosos y separados de todo trato humano durante ocho largos meses del invierno polar.

Sentí que mi fuerte voluntad me flaqueaba ante tan negra perspectiva, y más aún en cierta espantosa noche de tempestad en que los, torbellinos de ventisca destruyeron nuestros depósitos de provisiones, entre ellas catorce ciervos, con cuya carne contábamos como arma contra la vida ártica que exige, según nadie ignora, un aumento considerable en la cantidad y la calidad de los alimentos. Nos resignamos, no obstante, lo mejor que pudimos por nuestra pérdida cruel y hasta llegamos a acostumbrarnos al más nutritivo alimento del país, consistente en la carne de foca y en su grasa.

Para prevenirnos contra los rigores de la invernada, los hombres de nuestra tripulación habían construido con los restos salvados del anterior desastre, una casita bastante aceptable y dividida en dos departamentos, uno para mí y los otros tres jefes, y el segundo para ellos. Agotando, además, todas nuestras previsiones meteorológicas y magnéticas, añadimos al edificio un tercer cuerpo o establo protector para los escasos ciervos que se habían salvado de la catástrofe.

Se iniciaron al punto la inacabable serie de monótonos días y noches, que eran una eterna noche sin aurora ni crepúsculo. Como, además, nos habíamos trazado el plan de que dos de nuestros barcos regresasen en Septiembre antes de que los cortasen la retirada los hielos, y este plan se habla frustrado por haberse anticipado la estación, la tripulación era triple o cuádruple de la calculada para la invernada y para los elementos con que contábamos para afrontarla, así que no sólo teníamos que economizar las provisiones, sino también el combustible y la luz. Las lámparas se encendían sólo para objetos de urgencia o científicos.

Teníamos que contentarnos, pues, con sólo la luz que quisiese darnos la Providencia en aquella noche sin día: es a saber, la luz de la luna y la de las auroras boreales, pero, ¿cómo describir la gloria de aquellos incomparables fenómenos celestes? ¿Cómo ponderar las cambiantes luces y colores de sus irradiaciones tan fantásticas corno gigantescas de variedad infinita? En cuanto a las noches de luna de Noviembre, eran sencillamente maravillosas, con los siempre cambiantes espectáculos de sus rayos entre hielos y nieve. El encanto de tales momentos no se apartará jamás de mi imaginación.

Una de estas últimas noches, o por mejor decir, un día de estos, acaso, pues que desde fines de Noviembre hasta mediados de Febrero no tuvimos crepúsculo alguno que nos permitiese establecer diferencia entre la noche y el día, acertamos a columbrar entre las irisaciones de la luna una como mancha obscura que se movía hacia nosotros, remedando más que a un rebaño, que por fuerza tenía que ser blanco en aquellas latitudes, a un grupo compacto de hombres trotando hacia el lugar donde nos hallábamos, sobre la planicie nevada. ¿Qué seres humanos podían, sin embargo, ser aquéllos?

Sí, era ya indudable: aunque nos resistiésemos a dar crédito a nuestros ojos, un pelotón como de cincuenta hombres, se aproximaba rápidamente a nuestra vivienda. Eran cincuenta cazadores de focas guiados por Matilin, el más famoso veterano de tales empresas peligrosas, y que, como nosotros, habían sido cortados por los hielos en su retirada.

Los hicimos entrar, atendiéndolos y obsequiándolos lo mejor que pudimos. Después interrogamos a Matilin:

– ¿Cómo supisteis que estábamos aquí?

–Nos lo dijo y nos enseñó el camino hasta vuestro albergue el viejo Johan– contestaron varios, señalando a uno de sus compañeros: un anciano venerable con el cabello más blanco que la misma nieve.

–Verdaderamente que es asombroso el que un anciano como éste se dedique aún a cazar focas en compañía de hombres jóvenes como vosotros, en lugar de aguardar en el rincón de su hogar, al amor de la lumbre, la llegada del último de sus días. Además, ¿cómo acertó a saber nuestra presencia en la solitaria región del oso blanco?– dijimos a una.

Tanto el buen Matilin, como los demás de su grupo sonrieron compasivos ante nuestra ignorancia. Según ellos nos aseguraron, “el viejo Johan” lo sabia todo, añadiendo:

–Bien novicios debéis de ser en estas tierras polares cuando ignoráis la existencia de este prodigioso Johan y ahora tanto os asombráis de su presencia –dijo otro.

–Vengo cazando focas en estos mares desde hace cuarenta y cinco años, día tras día– añadió el primero –y siempre le he conocido igual al buen Johan, a quien todos veneramos con su cabellera blanca y su aspecto majestuoso. Es más: recuerdo perfectamente que cuando yo era niño y

acostumbraba a salir a la mar con mi padre, éste y mi abuelo me contaban lo mismo, punto por punto, respecto de Johan, añadiendo que igual contaron a mi abuelo, su padre y el padre de su padres… ¡Todos le habían conocido igualmente anciano e imponente de grandeza con sus ojos de fuego y su cabellera toda nieve!

– ¡Según tal cuenta, el buen viejo tiene ya más de doscientos años! opuse festivo e incrédulo.

Para sacarme de mi escepticismo, varios marineros rodearon al patriarca de la barba y cabellera blanca importunándole:

–Abuelo querido, ¿tendréis la bondad de decirnos vuestra verdadera edad?

–Realmente, hijos míos, yo mismo no lo sé –replicó con la más seráfica de las sonrisas. –Nunca conté mis años y vivo así el tiempo que Dios me ha decretado en su sabiduría inescrutable…

–Pero, ¿cómo supisteis que invernábamos aquí? –le interrogué a mi vez.

–Él me guió –repuso simplemente –. Sólo sabía lo que sabía…

–No me atreví a indagar más, terminó el doctor –coronando su narración con estas palabras, dichas en voz muy baja y como hablando ya consigo mismo:

– ¡Inexplicable! ¡Absolutamente inexplicable!...

EL CAMPO LUMINOSO

Procedentes de Grecia habíamos llegado a Constantinopla un alegre y escogido grupo de turistas. Doce o más horas al día habíamos dedicado a subir y bajar por las escarpadas alturas de Pera, visitando lugares, encaramándonos en lo alto de los minaretes y abriéndonos camino entre jaurías hambrientas: los perros vagabundos, tradicionales dueños de las calles de Estambul. Se dice que la vida bohemia es contagiosa, y que ninguna civilización ha alcanzado a destruir el encanto de la libertad omnímoda una vez que se han gustado sus dulzuras. El gitano no puede vivir sin su tienda portátil, que es su carro, ya veces el viaje a pie es para él una segunda naturaleza, una fascinación irresistible de su nómada y precaria existencia. Mi principal cuidado, por tanto, desde que entré en Constantinopla, fue el de evitar que mi perdiguero Ralph cayese también víctima de tamaño contagio viniendo en ganas de unirse alegremente a los beduinos de su canina raza que infestaban las calles de la ciudad.

Aquel hermoso camarada de mi perro era mi más fiel y constante amigo, y temeroso de perderle, le vigilaba en sus menores impulsos; pero el pobre animal se portó durante los tres primeros días como un cuadrúpedo medianamente educado. A las imprudentes acometidas de sus congéneres mahometanos, su única respuesta era la de meter el rabo entre piernas, bajar humildemente las orejas

y buscar acobardado la protección de cualquiera de nosotros. Viéndole, pues, tan refractario a las malas compañías empecé a confiarme en su discreción y disminuyendo mi vigilancia, pero de allí a poco tuve que lamentar el haber puesto una excesiva confianza en mala parte. En un momento de descuido, unas sirenas de cuatro patas le sedujeron traidoras, y lo único que de él vi fue la punta de su gallardo rabo desapareciendo en sucia y tortuosa callejuela.

Inútiles resultaron después las pesquisas practicadas para dar con el paradero final de mi mudo compañero. Ofrecí veinte, treinta, cuarenta francos a quien le hallase y me te trajese. En un momento se puso en su busca una legión de malteses más vagabundos que los mismos perros, y que asaltaron nuestro hotel trayendo sendos perros sarnosos en sus brazos, perros que pretendían hacer pasar por mi fiel amigo. Mientras más me resistía yo a semejante matute, más porfiaban ellos, y uno de aquellos miserables, cayendo de rodillas y sacando del pecho una antigua y corroída medalla de la Virgen, llegó hasta a jurarme que la misma Reina del Cielo se le había aparecido para indicarle cuál era el verdadero animal. Un momento hasta me temí que la súbita desaparición de Ralph determinase un curioso motín, como acaso habría ocurrido si nuestro patrón no hiciese venir a una pareja de kavasses o policías que se encargaron de aventar corteses a aquella turba de bípedos y de cuadrúpedos.

Sospeché entonces que ya no volvería a ver más a mi perrito, y aun acabé por perder toda esperanza, cuando el conserje del hotel –un honorable ex salteador de caminos, hombre que no habría pasado menos de media docena de años como penado en las galeras –me aseguró solemnemente que todas mis pesquisas serían inútiles, pues mi perdiguero habría sido muerto y devorado por sus congéneres, dado que los perros turcos vagabundos encuentran muy de su gusto las carnes de sus sabrosos hermanos los perritos de Inglaterra.

La anterior escena había ocurrido en plena calle, a la puerta del hotel, y ya iba a retornar a mis habitaciones, cuando una anciana griega, que me había estado oyendo desde el umbral de una casa cerrada, dijo a mi acompañante Miss H…que, si queríamos, podía interrogarse sobre el caso a los derviches.

– ¿Y qué pueden saber esas gentes acerca del paradero de mi can? Les respondí con ironía.

–Los hombres santos lo saben todo, para ellos no hay secretos– objetó misteriosamente la anciana. –La semana pasada me robaron un abrigo nuevo que mi hijo me trajo de Brusa y, como veis, lo recobré y lo tengo puesto.

–Pero, entonces, los santos hombres os le han transformado también de nuevo en viejo –añadió uno de los de la partida señalando a un gran jirón preso con alfileres que mostraba el abrigo en la espalda.

–Esta es, precisamente, la parte más grave de mi historia –contesté la vieja con aplomo; –porque, habéis de saber que ellos me mostraron en el espejo mágico el barrio, la casa y hasta la

habitación donde el judío que me le robase estaba en aquel instante haciéndole pedazos. Mi hijo y yo volamos al punto al barrio de Kalindijkulosek donde atrapamos al ladrón en plena faena, al mismo ladrón que habíamos visto en el espejo y que, convicto y confeso, pronto fue metido en la cárcel.

Aunque ninguno de los de la partida sabíamos qué podría ser aquello del espejo mágico de los derviches, resolvimos ir a ver a uno de éstos al otro día. En efecto, apenas los muecines, con monótono vocear, habían cantado desde los altos minaretes la hora del mediodía, descendimos desde la colina de Pera hasta el puerto de Gálata, abriéndonos paso a codazos por entre los abigarrados concurrentes al mercado. Aquella Babel de cien lenguas; aquella ensordecedora algarabía nos levantaba dolor de cabeza. Por otra parte, allí no hay medio de orientarse ni de buscar las calles por sus nombres ni las casas por su número, y hay que confiar en Alab y en su profeta, cuando no en las vagas indicaciones de la proximidad del punto que se busca a tal edificio o mezquita.

A costa, pues, de mil rodeos y pesquisas, acabamos por encontrar el barrio donde se vendían cosas inglesas, detrás del cual se encontraba el sitio al que nos dirigíamos. Aunque el guía de nuestro hotel no sabía tampoco el retiro de los “santos hombres”, un chicuelo griego, en toda la sencillez del desnudo más nativo, consintió, mediante una moneducha de cobre, en llevarnos a la presencia de uno de aquellos adivinos.

Penetramos en un sombrío salón, que más bien parecía establo abandonado. El piso, largo y estrecho, estaba cubierto de arena, y sólo recibía luz por pequeñas ventanas allá arriba. Los derviches, terminados sus ritos matinales, descansaban, sin duda, unos tendidos cuan largos eran, otros recostados, y en pie, con extraviada mirada meditando, nos dijeron, acerca de la Deidad invisible. Todos ellos parecían de inerte mármol, sin responder a nuestras preguntas. Nuestra perplejidad acabó pronto, sin embargo, cuando uno de ellos, seco y alto, con una puntiaguda gorra que le hacía parecer mucho más alto aún, surgió no sé de dónde, diciéndonos que él era el superior de aquella comunidad de santos, añadiendo que no nos habían respondido porque cuando, mediante la oración, se ponen en comunicación con Alah, no se les puede interrumpir por motivo alguno.

Nuestro intérprete explicó al viejo que nuestra visita sólo a él se dirigía, puesto que él era el depositario de la varilla adivinatoria. Al punto nos extendió la mano en demanda de la previa limosna. Luego que se hubo guardado ésta, se negó a practicar ceremonia alguna para la averiguación del paradero del perro más que ante dos miembros solamente de nuestra comitiva, que fueron Miss H…y mi persona.

Ambos penetramos seguidamente tras el derviche a lo largo de un corredor semisubterráneo; subimos por una escalera portátil a una pieza artesonada, y de ella hasta un miserable desván, lleno de polvo y de telarañas. Allí vimos en un rincón un bulto, que yo creí era un montón corno de trapos viejos y que se movió poniéndose en pie. Era la criatura más deforme y astrosa que en mi vida he visto. Una mujer–niña; una enana hidrocéfala e imponente, con unos hombros de granadero, y por

piernas dos patitas de araña, piernas arqueadas que apenas si podían soportar la desproporción de la feísima mole de su cuerpo. Su cara, burlona y agresiva como la de un sátiro, mostraba una media luna roja pintada sobre su frente; su cabeza se escondía bajo un mugriento turbante; sus piernas ostentaban grandes bombachos turcos; una sucia muselina envolvía su cuerpo, alcanzando apenas a cubrir las deformidades de sus carnes, llenas de tatuajes, signos y letras árabes.

La espantosa criatura se desplomó más que se sentó en medio de la pieza, levantando una molesta nube de polvo; ¡era la famosa Tatmos, el oráculo de Damasco, al decir de las gentes!

Al punto el derviche trazó con tiza en torno de la muchacha un círculo de unos tres pies de radio; sacó, no sé de dónde, doce lamparitas de cobre, que llenó del contenido negruzco de una botella que ocultaba en su pecho y las colocó sin simetría en torno de la víctima; de un entrepaño de la desvencijada puerta arrancó una astilla y, cogiéndola entre el pulgar y el índice, empezó a soplarla a intervalos regulares, mascullando al par oraciones, fórmulas como de encantamiento, hasta que de pronto, y sin causa ostensible, brotó una chispa de la astilla que comenzó a arder corno una seca pajuela. Con aquel fuego, tan extrañamente obtenido, comenzó a encender las doce lámparas del círculo.

Tatmos la adivina, que hasta entonces había yacido inerte, se quitó rápidamente los bombachos y los arrojó al rincón, dejándonos al descubierto con sus monstruosos pies, la belleza adicional de un sexto dedo. El derviche, por su parte, entró en el círculo, y, cogiéndola por los tobillos, la alzó cual un saco de patatas, poniéndola bonitamente cabeza abajo, balanceándola en esta posición como un péndulo, y acabando por hacerla girar en el aire del más extraño modo.

Mi compañera, Miss H…, aterrada ante el estupendo caso que tenla a la vista, huyó a refugiarse en el ángulo más apartado, mientras que la enana, bajo el impulso del derviche, acabó por adquirir un movimiento rotatorio, como el de una peonza, durante dos minutos, hasta que fue disminuyendo y cesó por completo.

La infeliz enana, así mesmerizada, parecía sumida en un estado como de catalepsia, con su barba sobre el pecho, y espantosa sobre toda ponderación. El derviche luego cerró cuidadosamente la única ventana del recinto y habríamos quedado a obscuras a no ser por un agujero de la misma, por donde penetraba un rayo de sol, que venia a caer exactamente sobre la muchacha. Nos impuso silencio con ademán solemne, cruzó los brazos sobre el pecho, y, fijando su mirada en el punto brillante que caía sobre la cabeza de Tatmos, quedó tan inmóvil como ella, mientras yo me deshacía en cábalas pretendiendo averiguar qué relación podrían tener tamañas extravagancias con la averiguación del paradero de mi Ralph.

El disco brillante que demarcaba el rayo de sol se fue convirtiendo, no sé cómo, en una estrella brillante. Por inexplicable fenómeno de óptica, la estancia que antes había estado pobremente iluminada por aquel rayito de luz, se fue obscureciendo más y más a medida que aumentaba en

brillantez la estrella, hasta que nos vimos envueltos en una oscuridad verdaderamente cimeriana, mientras que la estrella titilaba y giraba lentamente al principio; luego, con vertiginosa rapidez, creciendo hasta envolver a la enana como en un océano luminoso. Finalmente, la estrella decreció en su giro, al par que se iba apagando con los suaves destellos de la luna en el agua, iluminando sin penumbras el círculo y dejando el resto en absoluta oscuridad.

Llegado así el supremo momento, el derviche, sin pronunciar palabra, alargó la mano, con la que me cogió la mía, señalándome el círculo luminoso. Por todo su ámbito vimos como formarse y condensarse flóculos blanquecinos de plateado brillo lunar, los cuales constituyeron bien pronto informes figuras cambiantes, al modo de reflexiones astrales en un espejo. Pronto, con asombro por mi parte, y con la consternación de mi amiga, se nos presentó, en el panorama así formado, el puente principal, que une a la antigua con la nueva ciudad, atravesando el Cuerno de Oro desde Gálata a Estambul. Vimos deslizarse por el Bósforo los alegres caiques; el hormiguear de la ciudad; las quintas; los palacios y demás edificios encarnados, reflejándose fantásticos en las aguas iluminadas por el sol del mediodía y desfilando mágicamente, hasta el punto de que no podíamos discernir si era todo aquello lo que se movía o nos movíamos simplemente nosotros. Lo más extraño del caso era que, no obstante toda aquella agitada vida que se mostraba a nuestra vista, no se escuchaba el menor ruido, sino que se desarrollaba en el silencio angustioso de un ensueño singular…Las calles iban sucediéndose unas a otras en raudo desfilar nuestro o suyo. Ora pasaba una tienda de estrecha callejuela; ora un café turco lleno de fumadores de opio en el momento en que uno de éstos vertía inadvertido el café y el narghilé sobre su vecino, recibiendo de él una sarta de injurias. De visión en visión llegamos así ante un gran edificio, en el que reconocí el palacio del Ministerio de Hacienda, y allí, ¡oh, dolor! en los fosos traseros del mismo, moribundo y lleno de fango su sedoso pelo, yacía mi pobre perro Ralph, rodeado de otros perros de pésima catadura, que se entretenían en cazar moscas a la sombra…

Sabía ya, pues, cuanto deseaba, aunque no había dicho ni una palabra acerca del perro al derviche impaciente por comprobar lo de mi perro traté de salir, pero, desaparecida ya la escena, Miss H…se colocó a su vez al lado del derviche, murmurando en su oído no sé qué palabras con ese tono ardiente y apasionado con que suelen las jóvenes enamoradas hablar del adorado él.

–Pensaré en él –dijo.

No bien formulado casi mentalmente el deseo que tales palabras entrañaban, cuando se nos presentó una gran planicie de arena, en cuyo fondo se veía el azulado mar bajo los rayos del sol y un gran vapor surcando las aguas a lo largo de la costa, seguido de blanca estela. La cubierta hormigueaba de pasajeros, y entre ellos resaltaba, apoyado contra la barandilla de popa, un apuesto joven… ¡Era él!

Miss H…suspiró, se sonrió y sonrojó alternativamente con la natural emoción. Después concentró de nuevo su pensamiento, y he aquí ya que al par el barco se aleja y desaparece. El espejo mágico queda unos momentos sin panorama. Más bien pronto otras manchas luminosas aparecen en su faz, que componen al fin el ámbito de una biblioteca con alfombra y cortinones verdes. Ante un montón de libros y sentado en una frailera, está escribiendo un anciano a la luz de la lámpara. Su cabello es gris y está peinado hacia atrás; su cara toda afeitada y respirando benevolencia…

El derviche hizo entonces un pequeño movimiento con la mano, imponiéndonos silencio. La luz del mágico campo palideció y de nuevo que damos sin ver imagen ninguna. De allí a poco tornó a mostrársenos Constantinopla, y con ella nuestra habitación del hotel con sus libros y periódicos sobre la mesa; el sombrero de viaje de mi amiga colgado en la percha, y sobre su cama el vestido que se había quitado aquella mañana para venir. Los detalles más reales completaban el cuadro, y para mayor maravilla vimos sobre la mesa dos cartas sin abrir, recién traídas por el correo y cuya letra de los sobres al punto fue reconocida por mi amiga. Eran ambas de un pariente suyo muy querido, por cuyo silencio se sentía inquieta hacía días.

Nuevo cambio de la mágica escena, y henos ya como en el cuarto ocupado por el hermano de Miss H…, quien yacía echado hacia atrás en un sillón, mientras que un criado le ponía paños en la cabeza, de la que con horror vimos que salía sangre. No acertábamos a explicarnos aquello, habiéndole dejado hacía una hora y en perfecta salud. Miss H…lanzó un grito, y cogiéndome presurosa por la mano se lanzó hacia la puerta. Llegamos presurosos a casa, pudiendo comprobar, en efecto, que el joven hermano de Miss H…acababa de caerse por la escalera, produciéndose una herida escasa importancia; que sobre la mesa de nuestro gabinete esperaban, recién traídas, dos cartas dirigidas a Miss H…por un pariente desde Atenas. No me faltó más para comprobar en un todo nuestras visiones de el campo luminoso del espejo mágico del derviche, sino tomar un carruaje, dirigirnos hacia el Ministerio de Hacienda, en cuyo foso, tal y como tuviese la desdicha de verle en aquel espejo, estropeado, famélico, pero aún con vida, yacía mi hermoso perdiguero, rodeado de otros perros de mal aspecto que cazaban moscas…

UNA VIDA ENCANTADA

(TAL COMO LA REFIRIÓ UNA PLUMA)

INTRODUCCIÓN

Las tortuosas calles de A…, pequeña ciudad rhenana, se veían sepultadas bajo un densísimo manto de niebla en una fría noche del otoño de 1884. Los moradores se habían ya retirado horas hacía, buscando en el sueño el descanso para sus laboriosas tareas del día. Todo era reposo, silencio, soledad y tristeza en aquellos ámbitos vacíos…

También yo me hallaba en mi lecho; pero, ¡ay!, de bien diferente manera por el dolor y la enfermedad que en él me retenían desde hacía varios días. El silencio en torno mío en aquella noche de misterio era tal que, según la paradójica frase de Longfelow, hasta se oía el silencio mismo. Percibía claramente hasta el latido de mi propia sangre al circular violenta por mis miembros doloridos, y mi sobreexcitada imaginación me llevaba como a escuchar el susurro de una voz humana musitando no sé qué misteriosas cosas en mi oído. No parecía sino que era un eco transmitido desde largas distancias en una de esas gargantas de montaña tan solitarias como maravillosamente resonantes, que pueden transmitir una palabra a media milla cual por un tubo acústico. Era, sí, la voz tan familiar para mí desde hace tantos años: la voz de uno de esos grandes seres a quienes no se les puede conocer sin sentirse en el acto presa de la más viva veneración, y a quien, en los trances más crueles del paroxismo de mis dolores mentales y físicos siempre he debido la luz de un rayo de consuelo y de esperanza…

– ¡Olvida tus propios dolores –me decía aquella suavísima e inefable voz– apartando tu imaginación de ellos ¡ Piensa en días felices y pretéritos; en las lecciones que tantas veces has recibido acerca de los grandes misterios de la Naturaleza, verdades que los hombres, ciegos a toda luz espiritual, tanto se obstinan en no querer ver. Quiero hoy añadirte a tales enseñanzas otra relativa a una vida extraña de ese ser que tienes ahí delante, precisamente tras las vidrieras de esa casa tristona de enfrente.

Y diciendo esto, la voz parecía querer revelarme algo muy raro: el misterio de un alma tras las paredes de la casa frontera. Los densos jirones de niebla que lamían la fachada como fantasmas, fueron desapareciendo, y una claridad brillante y suave cual la de la luna, parecía tender, por decirlo así, un puente encantado entre mis ojos y la casa aquella, cuyas paredes acabaron como por hacerse transparentes a mi mirada, dejándome ver con toda limpidez el interior de una habitación pequeña, como de un chalet suizo, con negruzcas paredes llenas de estantes con libros, manuscritos y arcaicos decorados. De pechos sobre una obscura mesa de nogal se veía un viejo mal encarado, un espectro casi, según lo amarillo y extenuado que se hallaba, con sus ojillos penetrantes y sus manos de marfil, escribiendo a la luz de la fúnebre lámpara, que apenas si servía para hacer más densas las tristezas y obscuridades de aquel pobre recinto.

Un instante después, al ir a hacer un movimiento involuntario como para ver mejor aquel cuadro, diría que todo él por entero, es decir, habitación, libros, espectro, etc., atravesando el puente

de argentina luz astral que cruzaba la calle, se había trasladado frente a frente de mí hacia los pies de mi cama.

–Presta atento oído al rumor de esa pluma al rasgar el papel. –continuó diciéndome la voz misteriosa, tan distante y, sin embargo, tan cercana. –Así alcanzarás a saber por la pluma misma la más espeluznante y real de las historias de dolor que imaginarte puedes, olvidándote de tus propios sufrimientos y acortando las terribles horas de esta noche de insomnio. ¡Ensaya, pues! –añadió, repitiendo la tan conocida fórmula de cabalistas y rosacruces.

Ensayé, al punto, como se me ordenaba, concentrando toda mí atención en la imponente figura del anciano, quien parecía no darse ni cuenta de mi presencia. Al principio, el rasgueo de la pluma de ave de éste, me resultaba casi imperceptible, pero poco a poco fue haciéndose más claro y comprensible para mí, cual si aquel personaje de misterio estuviese relatando en alta voz aquello mismo que escribía. Pero no; los labios de aquel espectro viviente no se desplegaban ni un instante para pronunciar la palabra más ínfima. La voz, por otra parte, era vaga, vacía, cual acentos de seres del otro mundo, y a cada letra y palabra un fulgor lívido y fosfórico parecía brotar bajo los puntos de la pluma, a la manera de un fuego fatuo, no obstante hallarse, quizá, el ser que delante tenía, a muchos miles de millas de Alemania, cosa nada infrecuente en el encantado misterio de la noche, cuando, en alas de nuestra mágica imaginación “aprendemos bajo los destellas de sidérea sombra el sublime lenguaje del otro mundo”, que lord Byron diría. Los clichés astrales de mis ojos y oídos internos se impresionaron de un modo indeleble con las frases aquellas, así que hoy no tengo sino copiarlas para transmitirlas como las recibí, con riesgo de que las tornéis por una novela forjada de propósito, acerca de un personaje fantástico, cuyo verdadero nombre averiguar no pude.

Ora la aceptéis como realidad, ora la consideréis como cuento, espero, sin embargo, que ha de resultaros del más vivo interés.

Empiezo.

I -EL DESCONOCIDO

Nací en una aldeíta suiza; un grupo de míseras cabañas enclavado entre dos glaciares imponentes, bajo una cumbre de nieves perpetuas, y a ella, viejo de cuerpo y enfermo de espíritu, me he retirado desde hace treinta años, para esperar tranquilo, con mi muerte, el día de mi liberación…Pero aún vivo, acaso sólo para dar testimonio de hechos pasmosos sepultados en el fondo de mi corazón: ¡todo un mundo de horrores que mejor quisiera callar que revelar!

Soy un perfecto abúlico, porque, debido a mi prematura instrucción, adquirí falsas ideas, a las que hechos posteriores se han encargado de dar el mentís más rotundo. Muchos, al oír el relato de mis cuitas, las considerarán como absolutamente providenciales, y yo mismo, que no creo en Providencia alguna, tampoco puedo atribuirlos a la mera casualidad, sino al eterno juego de causas y efectos que constituyen la vida del mundo. Aunque enfermo y decrépito, mi mente ha conservado toda la frescura de los primeros días, y recuerdo hasta los detalles más nimios de aquella terrible causa de todos mis males ulteriores. Ello me demuestra, bien a pesar mío, la existencia de una entidad excelsa, causa de todos mis males, entidad real, que yo desearía fuese tan sólo mera creación de mi loca fantasía…¡Oh, ser maldito, tan terrible como bondadoso! ¡Oh, santo y respetado señor, todo perdón: tú, modelo de todas las virtudes, fuiste, no obstante, quien amargó para siempre toda mi existencia, arrojándome violentamente fuera de la égida monótona, pero segura y tranquila, de lo que llamamos vida vulgar; tú, el poderoso que, tan a pesar mío, me evidenciaste la realidad de una vida futura y de mundos por encima del que vemos, añadiendo así horrores tras horrores a mi mísero vivir!…

Para mostrar bien mi estado actual, tengo que interrumpir y detener la vorágine de estos recuerdos, hablando de mi persona. ¡Cuánto no daría, sin embargo, por borrar de mi conciencia ese odioso y maldito Yo, causa de todos nuestros males terrenos!

Nací en Suiza, de padres franceses, para quienes toda la sabiduría del mundo se encerraba en esa trinidad literaria del barón de Hoibach, Rousseau y Voltaire. Educado en las aulas alemanas, fui ateo de cabeza a pies, y empedernido materialista para quien no podía existir nada fuera del mundo visible que nos rodea, y menos un ser que pudiese estar encima de este mundo y como fuera de él. En cuanto al alma, añadía, aún en el supuesto de que exista, tiene que ser material. Para el mismo Orígenes, el epíteto de incorporeus dado a Dios, sólo significa una causa más sutil, pero siempre física, de la que ninguna idea clara podemos formar en definitiva. ¿Cómo, pues, va ella a producir efectos tangibles? Así, no hay por qué añadir que miré siempre al naciente espiritualismo con desdén y asco, y casi con ira también las insinuaciones religiosas de ciertos sacerdotes, sentimientos que, a pesar de todas mis tristes experiencias, conservo aún.

Pascal, en la parte octava de sus Pensamientos, se muestra indeciso acerca de la misma existencia de Dios. “Examinando, en efecto, por doquiera si semejante Ser Supremo ha dejado por el mundo alguna huella de si mismo, no veo doquiera sino oscuridad, inquietud y duda completa…” Pero si bien en semejante Dios extracósmico jamás he creído, ya no puedo reírme, no, de las potencialidades maravillosas de ciertos hombres de Oriente, que les convierten virtualmente en unos dioses. Creo firmemente en sus fenómenos, porque los he visto. Es más, los detesto y maldigo cualquiera que sea quien los produzca, y mi vida entera, despedazada y estéril, es una protesta contra tal negación.

Por consecuencia de unos pleitos desgraciados, al morir mis padres perdí casi toda mi fortuna, por lo cual resolví, más por los que amaba que por mí mismo, labrarme una fortuna nueva, y aceptando la propuesta: de unos ricos comerciantes hamburgueses, me embarqué para el Japón, en calidad de representante de la Casa aquella. Mi hermana, a quien idolatraba, había casado con uno de modesta condición.

El éxito más franco secundó a mis empresas. Merced a la confianza en mí depositada por amigos ricos del país, pude negociar fácilmente en comarcas poco o nada abiertas entonces a los extranjeros. Aunque indiferente por igual a todas las religiones, me interesó de un modo especial el buddhismo por su elevada filosofía, y en mis ratos de solaz visité los más curiosos templos japoneses, entre ellos parte de los treinta y seis monasterios buddhistas de Kioto: Day–Bootzoo, con su gigantesca campana; Enarino–lassero, Tzeonene, Higadzi–Hong–Vonsi, Kie–Misoo y muchos otros. Nunca, sin embargo, curé de mi escepticismo, y me burlaba de los bonzos y ascetas del Japón, no menos que antes lo hiciera de los sacerdotes cristianos y de los espiritistas, sin admitir la posibilidad más nimia de que pudiesen aquéllos poseer poderes extraños in estudiados por nuestra ciencia positiva. Ridículos en el más alto grado, además, me resultaban los supersticiosos buddhistas, buscando el hacerse tan indiferentes para el dolor como para el placer, por el dominio de las pasiones.

Un día fatal y memorable, entablé amistad con un anciano bonzo denominado Tamoora Hideyeri. Con él visité el dorado Kwon–On, y de su gran saber aprendí no poco. No obstante la devoción y afecto que por él sentía, no perdonaba nunca la ocasión propicia de burlarme de sus sentimientos religiosos; pero era de tan dulce condición como ilustrada, y a fuerza de buen buddhista, jamás se me mostró ofendido lo más mínimo por mis sarcasmos, limitándose a responder imperturbable: “Esperad, y veréis algún día”. Su privilegiada mentalidad no podía creer que fuese sincero mi escéptico ateísmo, tan por encima de la creencia ridícula en un mundo invisible rechazado por la Ciencia y lleno de deidades y de espíritus malos y buenos. El apacible sacerdote me decía únicamente: “El hombre es un ser espiritual que es recompensado y castigado, alternativamente, por sus méritos y por sus culpas, teniendo por ello que volver, reencarnado, múltiples veces a la Tierra”. Contra aquellas célebres frases de Jeremy Collier de que somos meras máquinas ambulantes, simples cabezas parlantes y sin alma ni más leyes que las de la materia, argüía que si nuestras acciones estuviesen de antemano previstas y decretadas, sin que tuviésemos más libertad en ellas que la que tienen de detenerse las aguas de un río, la sabia doctrina del Karma, o de que cada cual recoge aquello que sembró, sería absurda. Así, pues, toda la metafísica de mi amigo se basaba en esta imaginaria ley, junta con la de la metempsícosis y otros delirios de este jaez.

–Después de esta vida material no podemos –dijo absurdamente mi amigo cierto día –vivir en el completo uso de nuestra conciencia sin habernos construido, por decirlo así, un vehículo, una

sólida base de espiritualidad. Quien durante esta vida física, consciente y responsable, no ha aprendido a vivir en espíritu, no puede aspirar luego a una plena conciencia espiritual, cuando, privado de su cuerpo, tenga que vivir como mero espíritu.

–Pues, ¿qué entiende usted por vida como espíritu? –le pregunté.

–La vida es un plano puramente espiritual, el Jushitz Devaloka, o paraíso buddhista, por cuanto el hombre, mediante su cerebro animal y todas las facultades que desarrolla aquí en la Tierra, se labra ese elevadísimo estado celeste entre dos sucesivas existencias, transportando a ese plano de superior felicidad cuanto aquí abajo labró, mediante el estudio y la contemplación.

–¿Qué le sucede al hombre que rehúsa la contemplación, es decir, que se niega a fijar su vista en la punta de su nariz, después de la muerte de su cuerpo? –le pregunté burlón.

–Que será tratado al tenor de aquel estado mental que en su conciencia prevaleció. En el caso mejor, tendrá un renacimiento inmediato, y en el peor un Avitchi o infierno mental. No es preciso, sin embargo, hacerse un completo asceta: basta con esforzarse en aproximarse al Espíritu viviendo una vida espiritual; abriendo, aunque sólo sea por un momento, la puerta de nuestro Templo Interior.

–¡Sois siempre poético, aun en vuestras paradojas!, amigo mío –le respondí –¿Queréis explicarme un poco semejante misterio?

–No es ningún misterio, replicó– pero gustoso os responderé.– Suponed que el “plano espiritual” de que os hablo sea cual un templo en el que jamás pisasteis y cuya existencia, por tanto, creéis tener fundamento para negar, pero que alguien, compasivo, os toma por la mano, y conduciéndoos hacia la entrada, os hace mirar dentro un instante tan sólo. Por este mero hecho habréis establecido un lazo imperecedero con el templo. No podréis, desde aquel día, negar su existencia, ni el hecho de haber entrado en él, y según haya sido vuestro trabajo en él breve o largo, así viviréis en él después de la muerte.

–¿Pues qué tiene que ver mi conciencia post–mortem con semejante templo, aun en el falso caso de que la otra vida exista?

–¡Mucho! Después de la muerte– terminó diciendo el sabio anciano –no puede haber conciencia alguna fuera del Templo del Espíritu. Lo ejecutado en sus ámbitos es lo único que a vuestra muerte sobrevivirá, porque todo lo demás, como vano e ilusorio, está llamado a disolverse en el Océano de Maya o de la ilusión.

Como me chocaba, a fuerza de simple curioso, la peregrina y absurda idea de vivir fuera de mi cuerpo, disfracé mi escepticismo, y fingiendo interesarme por todo aquello, obligué a mi amigo a que continuase, engañado por completo respecto de mis intenciones.

Tamoora Hideyeri servía en Tri–Onene, templo buddhista famoso no sólo en el Japón, sino en toda China y en el Tibet; no hay en Kioto otro tan venerado, y sus monjes, secuaces de Dzeno–doo, son tenidos por los mejores y los más sabios, entre aquellas fraternidades meritísimas, relacionadas a

su vez con los ascetas o eremitas llamados Jamabooshi, discípulos de Lao–tse. Así se explican los altos vuelos metafísicos que, con ánimo de curarme mi ceguera mental, diese siempre mi amigo a nuestra conversación, llevándome hacia sus enmarañadas doctrinas con sus peroratas, disparatadas a mi juicio, y sus ideas de espiritualidad, cuya práctica parece una verdadera gimnasia del plano espiritual.

Tamoora había dedicado más de las dos terceras partes de su vida a la yoga o contemplación práctica, que le había dado las pruebas de que, una vez despojados los hombres de su cuerpo material con la muerte, vivían con plena conciencia en el mundo espiritual recogiendo el fruto centuplicado de sus acciones nobles y altos sentimientos, salario proporcionado, decía el asceta, al trabajo que se esforzaba aquí abajo en realizar.

–Pero, y si uno no hace más que asomarse al templo de la espiritualidad y retroceder, ¿qué le acontecerá después? –objeté con mi eterno escepticismo.

–Pues que en la otra vida no tendríais nada bueno que recordar, salvo aquel feliz instante, porque en dicha vida espiritual sólo se registran y viven las impresiones espirituales –respondió el monje.

–Entonces, antes de reencarnar aquí abajo, ¿qué me sucedería? –añadí burlonamente.

–Entonces –dijo, lento y solemne el sacerdote, con un aplomo severo que daba frío –durante un período, que parecería una eternidad a vuestra angustia, no haríais sino repetir una y mil veces la acción de abrir y cerrar el templo con esa desesperante repetición de los temas de la calentura.

Semejante tarea que el buen hombre me asignaba post–mortem, me hizo soltar una carcajada. ¡Aquello era el colmo del absurdo! Pero mi amigo se limitó a suspirar, compasivo, añadiendo, así que yo le pedí perdones por mi sinceridad:

–No. Dicho estado espiritual después de la muerte no consiste en una repetición mímica y automática de lo realizado en la vida, sino el llenar y completar los vacíos de ella. Yo me he limitado a poneros un ejemplo, incomprensible para vos, por lo que veo, de los misterios relativos a la Visión del Alma. Siendo entonces nuestro estado de conciencia el goce final de cuantos actos espirituales hemos ejecutado en vida, cuando uno de éstos ha resultado fallido, no podemos esperar otra cosa que la repetición del acto mismo.

Y saludándome cortésmente, como buen japonés, el noble sacerdote se despidió de mí.

¡Ah, si me hubiera sido entonces posible el saber lo que después aprendí por dolorosa experiencia..., cuán poco me hubiera burlado de aquella enseñanza sapientísima!... Mas no, yo no podía creer a ojos cerrados en tamaños absurdos, y muy especialmente en que ciertos hombres elevados pudiesen adquirir poderes como sobrenaturales. Experimentaba una repulsión instintiva hacia aquellos eremitas o yamabooshi, protectores de todas las sectas buddhistas del Japón, –porque sus pretensiones milagreras me parecían el colmo de la necedad. ¿Quiénes podrán ser estos presuntos

magos, de ojos bajos y manos cruzadas, esos “santos” mendigos, moradores extraños de montañas apartadas y escabrosas, inaccesibles hasta el punto de que a los simples curiosos acerca de su naturaleza les era imposible de todo punto llegar hasta ellas?…No podían ellos ser sino unos adivinos sin vergüenza, unos gitanos vendedores de hechizos, talismanes y brujerías.

Como se ve, mis insultos y mis odios alcanzaban por igual a maestros y a discípulos, porque conviene no olvidar que los yamabooshi, aunque no aceptan a los profanos cerca de ellos, a algunos, tras duras pruebas, los reciben como discípulos, quienes dan perfecto testimonio acerca de la sabiduría y de la pureza de su vida.

Mis desprecios no se detuvieron ni en los mismos sintos, es decir, en aquellos otros religiosos del Sin–Syu, o Sintoísmo, cuya divisa es la de “fe en los dioses y en el camino de los dioses”, porque practican un culto absurdo a los llamados “espíritus de la Naturaleza”. Así me capté no pocos enemigos, porque los Sinlo–kanusi, o maestros espirituales de este culto, pertenecen a la aristocracia japonesa, con el propio Mikado a su cabeza, y los secuaces del mismo constituyen el elemento más sabio de todo el Japón. No olvidemos que los kanusi, o maestros del Sintoísmo, no proceden de ordenación regular alguna conocida, ni forman casta aparte. Como jamás alardean de poseer poderes ni privilegios que les eleven sobre los demás, y visten como los seglares pasando como meros estudiantes de las ocultas ciencias del espíritu, más de una vez tuve contacto con ellos sin sospechar siquiera su elevada categoría.

II EL VISITANTE MISTERIOSO

Con el transcurso de los años, en lugar de mejorar, se agravó mi lamentable escepticismo. Mi hermana, que era toda mi familia en el mundo, se había casado, vivía en Nuremberg y sus hijos me eran queridos como si hijos míos fuesen. ¡Oh, y cómo amaba a aquella hermana mártir que antaño se sacrificó a sí misma y al hombre que se prestó a ayudar a mi padre en su vejez y darme a mí la educación debida…! Los que sostienen que ningún ateo puede ser ni súbdito leal, ni fiel pariente, ni amigo cariñoso, profieren la mayor de las calumnias. Es falso, sí, que el materialista se endurezca de corazón con los años, incapaz de amar, como dicen amar los –creyentes. Puede que ello sea verdad en algún caso, y que el positivista propenda a la vulgaridad y al egoísmo, pero el hombre bondadoso que se hace lo que suele llamarse ateo, no por motivos egoístas, sino por amor a la verdad, no hace sino fortalecer sus afectos hacia los hombres todos. Cuántas aspiraciones hacia lo desconocido dejan –de sentir; cuántas esperanzas se rechazan respecto de un cielo con su Dios correspondiente, se concentran, centuplicadas sin duda, en los seres amados y aun se extienden a la humanidad entera…

Un amor así fue el que me impulsó a sacrificar mi dicha para asegurar la de aquella santa hermana que había sido una madre para mí. Casi niño, partí para Hamburgo, donde luché con el ardor de quien trata de ayudar a sus seres queridos. Mi primer placer efectivo fue el de ver casada a mi hermana con el hombre a quien por mí había sacrificado, y ayudarles. Tan desinteresado era mi

cariño hacia ellos y luego hacia sus hijos, que jamás quise constituirme por mi parte un hogar nuevo, pues el hogar de mi hermana, compuesto pronto de once personas, era mi iglesia única y el objeto de mis idolatrías. Por dos veces, en nueve años, crucé el mar con el solo fin de estrechar contra mi corazón a seres tan caros a mi amor, tornando en seguida al extremo Oriente a seguir trabajando para ellos.

Desde el Japón mantuve siempre correspondencia con mi familia, hasta que un día la correspondencia quedó cortada por ésta, sin que pudiese Yo adivinar la causa. Durante todo un año estuve sin noticia alguna, esperando en vano día tras día y temiéndome alguna desgracia. Cuantos esfuerzos hice por saber de ella fueron inútiles.

–Mi buen amigo –me dijo un día mi único confidente Tamoora –¿por qué no buscáis el remedio a vuestras ansiedades consultando a un santo yamabooshi?

No hay por qué decir con qué desprecio rechacé la propuesta. Pero a medida que los correos de Europa se sucedían en vano, mi ansiedad se iba trocando en desesperación irresistible, que degeneró en una especie de locura. Era ya inútil toda lucha, y yo, pesimista a estilo Holbach, creyente en el aforismo de que la necesidad era el acicate para la dicha filosófica y el factor que más vigoriza a la humana flaqueza, me sentía vencido…Olvidando, pues, mi fatalismo frente a los ciegos decretos del destino, no podía resignarme. Mi conducta, mi temperamento eran ya muy otros que los de antaño, y, cual joven histérico, mil veces trataba mi mirada de sondear a través de los mares la verdadera causa de aquel enigma que me ponía ya al borde de la locura. Sí; un despreciable y supersticioso anhelo, me movía, bien a pesar mío, a desear conocer lo pasado y lo futuro…

Cierto día, al declinar el sol, mi amigo, el bonzo venerable, se presentó en mi barraca. Como hacía días que no nos veíamos, venía a informarse sobre mi salud.

–¿Por qué os molestáis en ello? –le dije sarcástico, aunque arrepintiéndome al punto de mi imprudencia –¿Teníais más sino consultar a un yamabooshi, que a distancia pueden verlo y saberlo todo?

Ante tamaño ex abrupto, pareció un tanto ofendido el bonzo; pero, al contemplar mi abatido aspecto, replicó bondadoso que debería yo seguir su consejo de siempre, consultando acerca de mis torturas mentales a un miembro de aquella santa Orden.

–Desafío a cuantos se jactan de poseer poderes mágicos– le repliqué, presa de retador desprecio –a que me adivinen en quién estaba yo pensando ahora y qué es lo que esta persona realiza en estos momentos.

A lo cual el imperturbable bonzo respondió:

–Nada más fácil: dos puertas por cima de mi casa se halla un santo yamabooshi visitando a un sinto que yace enfermo. Con sólo que pronunciéis una palabra afirmativa, os puedo conducir a su presencia augusta…

Y la palabra fue pronunciada, con lo cual quedó ya dictada mi sentencia cruel para mientras viva. ¿Cómo describir, en efecto, la escena que vino después? Baste decir que no habían transcurrido apenas quince minutos desde que acepté la propuesta del bonzo, cuando me vi frente por frente de un anciano alto, noble y extraordinariamente majestuoso, para ser de esa raza japonesa tan delgada, macilenta y minúscula. Allí donde pensé hallar una obsequiosidad servil, tropecé con ese tranquilo y digno continente característico del hombre que conoce su superioridad moral y mira con benevolencia la equivocación de aquellos que no alcanzan a reconocerla debidamente. A las preguntas irreverentes y burlonas que, necio, le hice, guardó silencio, mirándome de hito en hito cual mirarla un médico a un enfermo en su delirio, y yo, desde el instante mismo en que él fijó su escrutadora mirada en mis ojos, sentí, o vi más bien, un como delgado, y argentino hilo de luz, que, brotando de sus intensos ojos, penetraba buido en lo más recóndito de mi ser, sacando de mi corazón y de mi cerebro, bien a pesar mío, el secreto de mis más íntimos sentimientos y pensamientos. No cabía duda, aquel hombre imponente se adueñaba de todo mí ser, hasta el punto de serme aquello angustiosamente intolerable.

Esforzándome cuanto pude en romper la fascinación aquella, le incité a que me dijese qué era lo que había podido leer en mi pensamiento.

–Una ansiedad extremada por saber qué puede haberle ocurrido a su lejana hermana, a su esposo y a sus hijos –fue la respuesta exacta que me dio con toda tranquilidad aquel hombre–prodigio, añadiendo detalles completos acerca de la morada de aquéllos.

Escéptico incurable, dirigí una mirada acusadora al bonzo, sospechando de su indiscreción; mas al punto me avergoncé de mi sospecha sabiendo por un lado que los japoneses son esencialmente veraces y caballeros, y por otro, que Tamoora no podía saber nada acerca de la disposición interior de la casa de mi hermana, cuya descripción exacta, sin embargo, acababa de darme el yamabooshi.

–El extranjero –respondió éste, al interrogarle de nuevo acerca del actual estado de mi inolvidable hermana –no se fía de palabras de nadie, ni de nada que él no pueda percibir por sí mismo. La impresión que en él pudiesen causar las palabras del yamabooshi acerca de aquélla, apenas duraría breves horas, dejándole luego tanto o más desgraciado que antes, por lo cual sólo cabe un remedio, y es el de que el extranjero vea y conozca la verdad por sí mismo. ¿Está, pues, dispuesto a dejarse poner en el estado requerido a todo yámabooshi, estado para él desconocido?

Al oír aquello, mi primera impresión fue, como siempre, la de la son risa escéptica. Aunque sin fe jamás en ellos, yo había oído en Europa hablar de pretendidos clarividentes, de sonámbulos magnetizados y otras cosas análogas, por lo que, desconfiado, presté, no obstante, mi silencioso consentimiento.

III MAGIA PSÍQUICA

Desde aquel instante procedió a operar el anciano yamabooshi. Alzó la vista al sol y al excelso Espíritu de Ten–dzio–dai–dzio que al sol preside, y hallándole propicio, sacó de bajo su manto una cajita de laca con un papel de corteza de morera y una pluma de ave, con la que dibuj6 sobre el papiro unos cuantos mantrams en caracteres naiden, escritura sagrada que sólo entienden ciertos místicos iniciados. Luego extrajo también un espejito redondo de bruñido acero, cuyo brillo era extraordinario, y colocándoselo ante los ojos, me ordenó que mirase en él.

Yo había oído hablar de semejantes espejos de los templos y hasta los había visto varias veces, siendo opinión corriente en el país que en ellos, y bajo la dirección de sacerdotes iniciados, pueden verse aparecer los grandes espíritus reveladores de nuestro destino, o sean los daij–dzins, Por ello me supuse que el anciano iba a evocar con el espejo la aparición de una de tales entidades para que contestase a mis preguntas, pero lo que me aconteció fue harto diferente.

En efecto, tan pronto como tomé en mis manos el espejo abrumado por la angustia de mi absurda posición, noté como paralizados mis brazos y hasta mi mente, con aquel temor quizá con que tantos otros sienten en su frente el invisible aletazo de la intrusa. ¿Qué era aquella sensación tan nueva y tan contraria a mi eterno escepticismo, aquel hielo que paralizaba de horror todos mis nervios y aun la conciencia y la razón en mi propio cerebro? Cual si una serpiente venenosa me hubiese mordido el corazón, dejé caer el…–¡me avergüenzo de usar el adjetivo!…–el espejo mágico, sin atreverme a recogerle del sofá sobre el que me había reclinado. Se entabló un momento en mi ser una lucha terrible entre mi indomable orgullo, mi ingénito escepticismo y el ansia inexplicable que me impulsaba a pesar mío a sumergir mi mirada en el fondo del espejo…Vencí mi debilidad un instante, y mis ojos pudieron leer en un librito abierto al azar sobre el sofá esta extraña sentencia: “El velo de lo futuro, le descorre a veces la mano de la misericordia.” Entonces, como quien reta al Destino, recogí el fatídico y brillante disco metálico, y me dispuse a mirar en él. El anciano cambió breves palabras con mi amigo el bonzo, y éste, acallando mis constantes suspicacias, me dijo:

–Este santo anciano le advierte previamente que si os decidís a ver mágicamente, por fin, en el espejo, tendréis que someteros luego a un procedimiento adecuado de purificación, sin lo cual –añadió recalcando solemnemente las palabras –lo que vais a ver lo veréis una, mil, cien mil veces y siempre contra toda vuestra voluntad y deseo.

–¿Cómo? –le dije con insolencia.

–Sí, una purificación muy necesaria para vuestra futura tranquilidad; una purificación indispensable, si no queréis sufrir constantemente la mayor de las torturas; una purificación, en fin, sin la cual os transformaríais para lo sucesivo en un vidente irresponsable y desgraciado, y tamaña responsabilidad gravitaría sobre mi conciencia, si no os lo advirtiese así, del modo más terminante.

–¡Tiempo habrá luego de pensarlo! –respondí imprudentemente.

–¡Ya estáis al menos, advertido –exclamó el bonzo, con desconsuelo –y toda la responsabilidad de lo que os ocurra caerá únicamente sobre vos mismo, por vuestra terquedad absurda!

No pude ya reprimir mi impaciencia, y miré el reloj con gesto que no pasó inadvertido al yamabooshi: ¡eran, precisamente, las cinco y siete minutos!

–Concentrad cuanto podáis en vuestra mente sobre cuanto deseáis ver o saber– dijo el "exorcista" poniéndome el espejo mágico en mis manos, con más impaciencia e incredulidad que gratitud por mi parte. Tras un último momento de vacilación, exclamé, mirando ya en el espejo:

–Sólo deseo saber el por qué mi hermana ha dejado de escribirme tan repentinamente desde…

¿Pronuncié yo, en realidad, tales palabras, o las pensé tan sólo? Nunca he podido saberlo sólo sí tengo bien presente que, mientras abismaba mi mirada en el espejo misterioso, el yamabooshi tenía extrañamente fija en mí su vista de acero sin que jamás me haya sido dable poner en claro si aquella escena duró tres horas, o tres meros segundos. Recuerdo, sí, los detalles más nimios de la escena, desde que cogí el espejo con mi izquierda, mientras mantenía entre el pulgar y el índice de mi derecha un papiro cuajado de rúnicos caracteres. Recuerdo que, en aquel mismo punto, perdí la noción cabal de cuanto me rodeaba, y fue tan rápida la transición desde mi estado de vigilia a aquel nuevo e indefinible estado, que, aunque habían desaparecido de in¡ vista el bonzo, el yamabooshi y el recinto todo, me veía claramente desdoblado, cual si fuesen de otro y no mías mi cabeza y mi espalda, reclinadas sobre el diván y con el espejo y el papiro entre las manos…

Súbito, experimenté una necesidad invencible como de marchar hacia adelante, lanzado, disparado como un proyectil, fuera de mi sitio, iba a decir, necio, ¡fuera de mi cuerpo! Al par que mis otros sentidos se paralizaban, mis ojos, a lo que creí, adquirieron una clarividencia. tal como jamás lo hubiese creído…Me vi, al parecer, en la nueva casa de Nuremberg habitada por mi hermana, casa que sólo conocía por dibujos, frente a panoramas familiares de la gran ciudad, y al mismo tiempo, cual luz que se apaga o destello vital, que se extingue, cual algo, en fin, de lo que deben experimentar los moribundos, mi pensamiento parecía anonadarse en la noción de un ridículo muy ridículo, sentimiento que fue interrumpido en seguida por la clara visión mental de mí mismo, de lo que yo consideraba mi cuerpo, mi todo –no puedo expresarlo de otra manera –recostado en el sofá, inerte, frío, los ojos vidriosos, con la palidez de la muerte toda en el semblante, mientras que, inclinado amorosamente sobre aquel mi cadáver y cortando el aire en todas direcciones con sus huesosas y amarillentas manos, se hallaba la gallarda silueta del yamabooshi, hacia quien, en aquel momento, sentía el odio más rabioso e insaciable…Así, cuando iba en pensamiento a saltar sobre el infame charlatán, mi cadáver, los dos ancianos, el recinto entero, pareció vibrar y vacilar flotante, alejándose prontamente de mí en medio de un resplandor rojizo. Luego me rodearon unas formas grotescas, vagas, repugnantes. Al hacer, en fin, un supremo esfuerzo para darme cuenta de quién era yo

realmente en aquel instante pues que así me veía separado brutalmente de mi cadáver, un denso velo de informe oscuridad cayó sobre mi ser, extinguiendo mi mente bajo negro paño funerario…

IV VISIÓN DE HORRORES

¿Dónde estoy? ¿Qué me acontece?, me pregunté ansiosamente tan pronto como, al cabo de un tiempo cuya duración me sería imposible de precisar, torné a hallarme en posesión de mis sentidos, advirtiendo, con sorpresa, que me movía rapidísimo hacia adelante, a la vez que experimentaba una rara y extraña sensación como de nadar en el seno de un agua tranquila, sin esfuerzo ni molestia alguna y rodeado por todas partes de la oscuridad más completa. Se diría que bogaba a lo largo de una inacabable galería submarina y llena de agua; de una tierra densísima, al par que perfectamente penetrable, o de un aire no menos sofocante y denso que la tierra misma, aunque ninguno de aquellos elementos me molestase lo más mínimo en mi desenfrenada marcha de humano proyectil lanzado hacia lo desconocido…, mientras que aun sonaba el eco de aquella mi última frase: “deseo saber las razones por las que mi hermana querida guarda tan prolongado silencio para conmigo que…” Pero de cuantas palabras constaba aquella frase, sólo una, la de “saber”, perduraba angustiosa en mi oído, viniendo a mí cual una criatura viviente que con ello me obsesionase.

Otro movimiento más rápido e involuntario, otra nueva zambullida en aquel tan informe como angustioso elemento, y héme aquí ya, de pie, efectivamente de pie, dentro del suelo, macizado, por todos lados en una tierra compacta, y, que resultaba, sin embargo, de perfecta transparencia para mis perturbadísimos sentidos. ¡Cuán absurda, cuán inexplicable situación! Un nuevo instante de suprema angustia, y héme ahora ¡horror de horrores! con un negro ataúd tendido bajo mis pies; una sencilla caja de pino, lecho postrero de un desdichado que ya no era un hombre de carne, sino un repugnante esqueleto, dislocado y mutilado, cual víctima de nueva Inquisición, mientras la voz aquella, mía y no mía a la vez, repetía el eterno sonsonete postrero de “…saber las razones por las que…” sonando junto a mí, pero como proviniendo, no obstante, de la más apartada lejanía y despertando en mi mente la idea de que en todas aquellas intolerables angustias no llevaba empleado tiempo alguno, pues que estaba pronunciando, todavía las palabras mismas con las que en Kioto, al lado del yamabooshi, empezaba a formular mi anhelo de saber lo que a mi pobre hermana acontecía a la sazón.

Súbito, aquellos informes y repugnantes restos principiaron a revestirse de carne y como a recomponerse en el más extraño de los retornos retrospectivos, hasta reintegrar el aspecto normal de un hombre cuya fisonomía ¡ay! me era harto conocida, pues que resultaba nada menos que el marido de mi pobre hermana, a quien tanto había amado también; pero a quien, en medio de la mayor

indiferencia, veía ahora destrozado como si acabase de ser víctima de un accidente cruel. –¿Qué te ha ocurrido, desdichado? –traté de preguntarle.

En el inexplicable estado en que yo me hallaba, no bien me formulaba mentalmente una pregunta cualquiera, la contestación se me presentaba instantánea cual en un panorama retrospectivo. Vi, pues, así, en el acto y detalle tras detalle, todas las circunstancias que rodearon a la muerte de mi desdichado Karl, a saber: que el principal de la fábrica, en la que, lleno de robustez y de vida, él trabajaba, había traído de América y montado una monstruosa máquina de aserrar maderas; que éste, para apretar una tuerca o examinar el motor, había tenido un momento de descuido, y que había sido cogido por el juego del volante, precipitado, hecho trizas, antes de que los compañeros pudieran correr en su auxilio…¡Muerto, triturado, transformado en horrible hacinamiento de carne y de sangre, que, sin embargo, no me causaba la emoción más ínfima, cual si de frío mármol fuese!

En mi macabra, aunque indiferente pesadilla, acompañé al cortejo funerario. Nos detuvimos en la casa de la familia y, como si se tratase de otro que no fuera yo, presencié impasible la escena de la llegada a ella de la espantosa noticia con sus menores detalles; escuché el grito de agonía de mi enloquecida hermana; percibí el sordo golpe de su cuerpo, cayendo pesadamente sobre los restos de su esposo, y hasta oí pronunciar mi nombre. Pero no se crea que lo percibía como de ordinario, sino mucho más intensamente, pues que podía seguir con la más impasible de las curiosidades indiscretas, el sacudimiento y la perturbación instantánea de aquel cerebro al estallar la escena; el movimiento vermiforme y agigantado de las fibras tubulares; el cambio fulgurante de coloración en el encéfalo y el paso de la materia nerviosa toda desde el blanco al escarlata, al rojo sombrío y al azul: un como relámpago lívido y fosfórico seguido de completa oscuridad en los ámbitos de la memoria, cual si aquella fulguración surgida de la tapa del cráneo, se ensanchase dibujando un contorno humano, duplicado, desprendido del inerte cuerpo de mi hermana, que se iba extendiendo y esfumando, mientras que yo me decía a mí mismo: “¡Esto es la locura, la incurable locura de por vida, pues que el principio inteligente, no sólo no está extinguido temporalmente, sino que acaba de abandonar para siempre el tabernáculo craneano, arrojado de él por la fuerza terrible de la repentina emoción…” “El lazo entre la esencia animal y la divina se acaba de romper”, me dije, mientras que al oír el término “divino” tan poco familiar en mí, “mi Pensamiento” se echó como a reír…al par que seguían resonando como en el primer momento el final de mi inacabable frase…“saber las razones por las que mi hermana querida guarda tan…”

Al conjuro de mi inacabable pregunta, la escena reveladora continuó. Vi a la madre, a mi propia hermana, convertida en una infeliz idiota en el manicomio de la ciudad, y a sus siete hijos menores en un asilo, mientras que mis predilectos, el chico, de quince años, y la chica mayor, de catorce, se ponían a servir como criados. El capitán de un buque mercante se llevaba a mi sobrino, y una vieja hebrea adoptaba a la pobre niña.

Yo seguía anotando en mi mente todos aquellos horripilantes detalles, con una indiferencia y una sangre fría pasmosas. La misma idea de "horrores" debe entenderse corno algo ulterior, pues que yo no sentía, en verdad, horror alguno, ni durante toda la visión aquélla experimenté la noción más débil de amor ni de piedad, porque mis sentimientos parecían paralizados, abolidos, al igual de mis sentidos externos…Sólo al volver en mí fue cuando pude darme cuenta en toda su enormidad de aquellas pérdidas irreparables, y por ello confieso que no poco de lo que siempre negara obstinadamente, me veía a admitirlo, en vista de tamañas experiencias. Si alguien me hubiese dicho antes que el hombre podía actuar fuera de su cuerpo, pensar fuera de su cerebro y ser transportado mentalmente a miles de leguas de distancia de su carne por medio de un poder incomprensible y misterioso, al punto le hubiera deputado por loco, ¡y, sin embargo, este loco soy yo! Diez, ciento, mil veces durante el resto de mi miserable existencia, he pasado por semejante vida fuera de mi cuerpo. ¡Hora funesta fue aquella en que fue despertado en mí por vez primera tan terrible poder, pues ya ni el consuelo me queda de poder atribuir tales visiones de sucesos distantes a delirios de la locura!…Si un loco ve lo que no existe, mis visiones, ¡ay!, han resultado, por el contrario, infaliblemente exactas, para desgracia mía.

Pero sigamos con mi narración.

Apenas había visto a mi infeliz sobrina en su albergue israelita, cuando percibí un segundo choque de la misma naturaleza que el primero que me había lanzado y hecho bogar a través de las entrañas de la Tierra. Abrí nuevamente los ojos y me hallé en el mismo punto de partida, fijando casualmente mi vista en las manecillas del reloj, que marcaban, ¡absurdo misterio! las cinco y siete minutos y medio…¡Todas mis espantosas experiencias se habían desarrollado, pues, en sólo medio minuto!

Aun esta misma noción del brevísimo instante transcurrido entre el momento en que miré al reloj al tomar el espejo de manos del yamabooshi y aquel otro momento de medio minuto después, es también un pensamiento posterior. Iba ya a desplegar los labios para seguirme burlando del yamabooshi y de su experimento, cuando el recuerdo completo de cuanto acababa de ver fulguró cual vívido relámpago en mi cerebro. Un grito de desesperación suprema se escapó de mi pecho, y sentí como sí la creación entera se desplomase sobre mi cabeza en un caos de ruina y desolación. Mi corazón presentía ya el destino que me aguardaba, y un fúnebre manto de tristeza cayó fatal sobre mí para todo el resto de mi vida…

V- LA ETERNA DUDA

Momentos después de lo que va referido, experimenté una reacción tan repentina como repentino fue mi pesar. Una formidable duda, un furioso deseo de negar lo que había visto, me asaltó, tratando de considerar el asunto como mero sueño insustancial y vano, hijo de mis nerviosidades y de mi exceso de trabajo. Sí, aquello no era sino un falaz espejismo, una estúpida ilusión sensitiva, una anormalidad de mi debilidad mental nacida.

–De otro modo –pensaba –¿cómo pude pasar revista a los horribles y distantes panoramas en simple medio minuto? Sólo en un sueño pueden darse tan por completo abolidas las nociones básicas del tiempo y del espacio. El yamabooshi nada tiene que ver con semejante pesadilla de horrores. Acaso no hizo sino recoger los propios clichés de mi cerebro perturbado; acaso, usando una bebida infernal, secreto de los de su secta, me ha privado del conocimiento unos segundos para sugerirme esta visión monstruosa. La teoría moderna relativa al ensueño y la rápida excitación de los ganglios cerebrales, son explicación suficiente de cuantas anormalidades acabo de experimentar. ¡Fuera, pues, necios temores! ¡Mañana mismo partiré para Europa!

Este insensato monólogo le formulé en voz alta, sin el menor miramiento de respeto hacia el bonzo, ni siquiera hacia el yamabooshi que, hierático en su primera actitud, parecía leer tranquilo en mi interior con un silencio lleno de dignidad. El bonzo, por su parte, irradiando la más compasiva simpatía, se aproximó a mí cual lo hubiera hecho con un niño enfermo, y con lágrimas en los ojos, me dijo estrechándome las manos:

–Por lo que más améis, amigo mío, no dejéis la población sin antes ser purificado del impuro contacto con los dai–djin o espíritus inferiores, cuya intervención ha sido precisa para conducir a vuestra inexperta alma hacia la remota región que ansiabais ver. No perdáis, pues, el tiempo, hijo mío; cerrad la entrada de tan peligrosos intrusos hasta vuestro Yo Interior, y haced que para ello os purifique en seguida el santo Maestro.

Nada hay tan sordo a la razón como la cólera, una vez desatada. La “savia del raciocinio”, no podía, en aquel trance, “apagar el fuego de la pasión”, antes bien, caldeada al rojo blanco esta última, sentía ya efectivo odio contra el venerable anciano y no podía perdonarle su ingerencia en el suceso. Así que, aquel dulce amigo cuyo nombre no puedo pronunciar ,hoy sin emocionarme, recibió la más acre y dura repulsa por sus frases, como protesta airada contra la idea de que yo pudiera llegar nunca

a considerar la visión que había tenido sino como mero sueño, y como un gran impostor, por tanto, al yamabooshi.

–Partiré mañana, aunque en ello me fuese la vida –insistí furibundo.

–…Pero os arrepentiréis toda vuestra vida si antes no hacéis que el santo asceta haya cerrado una por una todas las entradas, hoy abiertas para los intrusos dai–djins, quienes, de lo contrario, no tardarán en dominaros por completo –siguió porfiando el bonzo.

No le dejé seguir, antes bien, brutal y despectivo, pronuncié no sé qué frases relativas a la paga que debla de dar al yamabooshi por su experiencia conmigo, a lo que el bonzo replicó con dignidad regia:

–El santo desprecia toda recompensa. ¡Su Orden es la más rica del mundo, dado que sus miembros, al hallarse por encima de todos los deseos terrenales, nada necesitan!…–Y añadió: –No insultéis así al hombre compasivo que, por mera piedad hacia vuestros dolores, se prestó gustoso a libraros de vuestra mental tortura.

Todo en vano. El espíritu de la rebeldía se había adueñado de mí en términos que me era ya imposible el prestar oído a palabras tan llenas de sabiduría. Por fortuna, al volver la cabeza para seguir en mis ataques rabiosos, el yamabooshi había desaparecido.

¡Oh, y cuán estúpido era! Ciego a la evidencia, ¿por qué no reconocí el sublime poder del santo asceta? ¿Por qué no vi que al él desaparecer huía para siempre la paz de mi vida?…El fiero demonio del escepticismo, la incrédula negación sistemática de todo cuanto por mis propios ojos había visto, obstinándome, sin embargo, en creerlo necia fantasía, eran ya más poderosos que cualquiera otra fuerza de mi ser.

–¿Debo acaso creer, con la caterva de los supersticiosos y los débiles, que por encima de este mero compuesto de fósforo y otras materias hay algo que puede hacerme ver independientemente de mis sentidos físicos? me decía, añadiendo: –¿Nunca? El creer en los dai–djin de mi importuno amigo, equivaldría a admitir también las llamadas inteligencias planetarias, por los astrólogos, y el que los dioses del Sol y de Júpiter, de Saturno o de Mercurio y demás espíritus que guían las esferas de sus orbes, se preocupan también de los mortales. Tamaño absurdo de invisibles criaturas arrastrándome por el ámbito de sus elementos, es un insulto a la razón humana; un fárrago inadmisible de locas supersticiones.

Así desvariaba yo ante el bonzo, pero, su paciencia, inalterable, superaba aun a mis furores, y una vez más insistió en que me sometiese a la ceremonia de la purificación, para evitar futuros eventos horribles.

–¡Jamás! –grité ya exasperado, y parafraseando a Richter añadí: –Prefiero morar en la atmósfera rarificada de una sana incredulidad, que en las nebulosidades de la necia superstición. Pero, como no puedo prolongar mis dudas, partiré para Europa en el primer correo.

Semejante determinación acabó de desconcertar a mi bonzo.

–¡Amigo, de extranjera tierra! –exclamó –Ojalá no tengáis que arrepentiros tardíamente de vuestra ciega obstinación. ¡Que Kwan–Ou, el Santo Uno, y la Diosa de la Misericordia os protejan contra los djinsi, pues desde el momento en que rechazáis la purificación del yamabooshi, él es impotente para protegeros contra las malas influencias evocadas por vuestra incredulidad. ¡Permitid, al menos, en esta hora solemne, a un anciano que os quiere bien, que os enseñe algo que ignoráis aún! Sabed que, a menos que aquel venerable maestro que para aliviaros en vuestros dolores os abrió las puertas del santuario de vuestra alma, pueda, con la purificación, completar su obra, vuestra futura vida será tan espantosa que no merecerá la pena de vivirla. Abandonado así al poder de fuerzas poderosas, os sentiréis perseguido por ellas y acosado hasta la locura. Sabed que el peligroso don de la clarividencia, si bien se realiza por propia voluntad por aquellos para quien la Madre de Misericordia no tiene ya secretos, tratándose, por el contrario, de principiantes como usted, no puede lograrse sino por mediación de los djins aéreos, espíritus de la naturaleza, que, aunque inteligentes, carecen del divino don de la compasión, porque no tienen alma como nosotros. Nada tiene que temer, en verdad, de ellos, el arahat o adepto que ha sometido ya a semejantes criaturas, haciéndolas sus sumisos servidores, pero quien carece de tamaño poder, no es sino el esclavo de las mismas. Reprimid vuestro ignorante orgullo y vuestras ironías y sabed que durante visiones corno la vuestra, el dai–djin tiene al vidente completamente bajo su poder, y este vidente, durante todo el tiempo de la visión astral no es él mismo, no es ya su propio e inmanente ser, sino que participa, por decirlo así, de la naturaleza de su guía, quien, en tales momentos en que así dirige su vista interna, guarda su alma en vil prisión, convirtiéndola en un ser como él, es decir, en un ser sin alma, desposeído de su divina luz espiritual, y, por tanto, careciendo a la sazón de toda emoción humana, tal como el temor, la piedad y el amor.

–¡Basta ya! –interrumpí exasperado, al recordar con estas últimas palabras la indiferencia extraña con que, “en mi alucinación”, había presenciado la catástrofe de mi cuñado, la desesperación de mi hermana y su repentina locura –Si sabíais esto, ¿por qué me aconsejasteis experiencia tan peligrosa?

–Ella iba a durar tan sólo unos segundos, y mal alguno se hubiese derivado de ella si hubieseis cumplido vuestra promesa de someteros después a la purificación. Yo deseaba únicamente vuestro bien, porque mi corazón se despedazaba al veros sufrir día tras día, y no ignoraba que el experimento, dirigido por uno que sabe, es inofensivo, y sólo es peligroso cuando se desatiende aquella precaución. El “Maestro de Visión”, aquel que ha abierto una entrada en vuestra alma, es quien tiene luego que cerrarla, contra intrusiones ulteriores, con el sello de la Purificación.

–El “Maestro de Visión”: ¡decid más bien el Maestro de la Impostura!...

Tan dolorosamente intensa fue la expresión de pesar que se reflejó en el semblante del bonzo al escuchar este último insulto a su guía, que, levantándose y saludándome ceremoniosamente, se alejó de mí con estas sencillas palabras:

–¡Adiós, pues!

VI PARTO, PERO NO SOLO

Pocos días después de la escena, me embarqué para Europa, sin volver a ver ya al buen bonzo. Sin duda estaba ofendido por mis impertinencias e insultos. ¿Qué furia extraña, en efecto, se apoderaba de mí y me obligaba, casi sin poderlo remediar, a insultar al santo asceta?…Sin duda, más que una fuerza exterior e insensible que me dominase, era mi amor propio escéptico el que así me impulsaba, y tan seguro me hallaba realmente acerca de las imposturas del yamabooshi, que de antemano saboreaba ya mi triunfo sobre él, al retornar entre los míos de allí a varias semanas, y hallarlos sanos y dichosos.

Mas, ¡ay!, no hacía una semana que me encontraba a bordo, cuando la venda incrédula comenzó a caer tardíamente de mis ojos.

Desde el día memorable de la experiencia del espejo, yo experimentaba en todo mi ser un cambio inexplicable, que en un principio achacaba a las preocupaciones acerca de los míos, con las que llevaba luchando varios, meses. Durante el día me encontraba abstraído, como embobado, perdiendo de vista por algunos minutos toda la realidad que me rodeaba. Mis noches eran intranquilas; mis ensueños tristísimos y hasta con horrores de angustiosas pesadillas. Aunque buen marino, y con tiempo extraordinariamente hermoso, sentía vagos mareos, y advertía de cuando en cuando que las caras familiares de los pasajeros adquirían en tales momentos lar, más grotescas formas de caricatura. Así, cierta vez, Max Guinner, un joven alemán, a quien conocía de antaño, pareció transformado de repente en su anciano padre, a quien enterráremos tres años antes en el cementerio de nuestra colonia. Conversábamos sobre cubierta acerca del finado y de sus negocios, cuando la cabeza de Max se me antojó rodeada de una nebulosidad extraña y gris que, condensándose gradualmente en torno de su cara, sanota y colorada, la dio bien pronto toda la rugosa apariencia de aquel a quien antaño yo mismo diese tierra.

Otra vez, mientras que el capitán hablaba de un ladrón malayo, a cuya captura había contribuido, vi a su lado la repugnante y amarillenta cara del hombre a quien correspondía la descripción del marino, y aunque, por supuesto, guardé silencio respecto a tamañas alucinaciones

creyéndolas debidas a las causas visibles que dice la Medicina, ello es que se iban haciendo más frecuentes de día en día.

Cierto noche me sentí despertar bruscamente por un penetrante grito de angustia…Era la voz de una mujer en el paroxismo de su desesperación impotente. Despertando, salté en una habitación que me era completamente desconocida, donde una adolescente, una niña casi, luchaba desesperadamente contra un hombre de mediana edad y de fuerzas hercúleas, que la había sorprendido mientras dormía, al par que detrás de la puerta, cerrada con llave, advertí una vieja haciendo la centinela, vieja en cuya cara infernal reconocí al punto a la judía que había adoptado a mi sobrinita, según viese en el ensueño de Kioto por las artes del yamabooshi. Al volver a mi estado normal y darme cuenta de mi situación, caí en la cuenta, ¡oh desesperación cruel!, de que la víctima del brutal atropello no era otra que mi propia sobrina…

Ni más ni menos que en mi primera visión en Kioto, yo no sentía en mí esa compasión que nace de la simpatía hacia la desgracia de un ser amado, sino más bien una indignación varonil ante la afrenta infligida a una criatura desvalida. Así que me precipité fieramente en su socorro, asaltando el cuello de aquel ser lascivo y bestial; pero, no obstante mi esfuerzo rabioso, el hombre continuó corno si yo no existiese. El rufián cobarde, exasperado ante la resistencia de la doncella, levantó irritado su brazo vigoroso y de un terrible puñetazo sobre los dorados bucles de su cabecita, la tendió en el suelo. Salté entonces sobre la lujuriosa bestia prorrumpiendo en un rugido de tigresa que defiende a sus cachorros, tratando de ahogarle entre mis garras; pero, horror de horrores. ¡Noté entonces, por primera vez, que aquel mi yo no era sino una vana sombra!

Mis imprecaciones y gritos despertaron a todos los pasajeros, quienes los atribuyeron a una pesadilla, así que no intenté confiar a nadie lo que me acontecía. Pero desde aquel infausto día, mi vida no fue ya sino una inacabable serie de torturas, porque, apenas cerraba los ojos, se me representaba con singular viveza el espantoso cuadro de dolores, desastres o crímenes pasados, presentes o futuros, cual si un demonio obseso se complaciese en ofrecerme el macabro panorama de todo cuanto de horripilante, bestial

o maligno existe en este despreciable mundo. Nunca un destello de felicidad, hermosura o virtud descendió, en cambio, hasta la lóbrega cárcel de mi mental infortunio, sino lascivias, traiciones y crueldades sin fin, en inacabable calidoscopio, como consecuencia de las pasiones humanas desatadas doquier.

–¿Será todo esto –me dije al fin– el cumplimiento fatal del vaticinio de mi amigo el bonzo? ¿Estará mi alma real y efectivamente bajo el impío dominio de los crueles dai–djins?…Mas, no – me respondí al punto, tratando en vano de recobrar la tranquilidad perdida –Esto no es sino una pasajera anormalidad que cesará tan luego como me vea en Nuremberg y me convenza de lo infundado de mis absurdos temores. El hecho mismo de que mi imaginación no me ofrece sino escenas macabras, me

demuestra que ello carece de toda realidad –Pero entonces creí estar oyendo las palabras del bonzo, cuando me decía:

Dos planos únicos de visión tiene el hombre: el augusto plano del amor trascendente y las aspiraciones espirituales hacia una eterna Luz, y el tempestuoso mar de las pasiones humanas, en cuya luz inferior se bañan los descarriados dai–djins.

VII - ¡LA ETERNIDAD ES UN ENSUEÑO FUGAZ!

Antaño, las absurdas creencias de ciertas gentes respecto de los espíritus buenos y malos, me parecían incomprensibles, pero, a partir, ¡ay!, de las dolorosas experiencias de aquellos momentos, las comprendía ya.

Para robustecer, no obstante, mi incredulidad nativa, procuraba evocar en mi mente cuanto me era dable los recuerdos de mis lecturas antisupersticiosas: el juicioso razonar de Hume; las áticas mordacidades sarcásticas de Voltaire, y aquellos pasajes de Rousseau, donde llamaba a la superstición “la eterna perturbación de la sociedad”.–¿A qué afectarnos por las fantasmagorías del ensueño –me decía con ellos –cuando luego comprobamos su completa falsedad en la vigilia? ¿Por qué, como dijo el clásico, han de asustarnos con cosas que no son; nombres cuyo sentido no vemos?…

Un día en que el anciano capitán nos relataba supersticiosas historias marineras, un infatuado y pedante misionero inglés nos recordó aquella frase de Fielding de que “la superstición da al hombre la estupidez de la, bestia”, pero en el mismo instante que tal decía, le vi vacilar de un modo, extraño y detenerse bruscamente, mientras que yo, que había permanecido alejado de la conversación general, creí leer claramente en la aureola de vibrantes radiaciones que desde hacía muchos días percibía sobre todas las cabezas, las palabras con que Fielding concluía su proposición: “…y el escepticismo le torna loco”.

Había ya oído hablar muchas veces, sin admitirla, la afirmación de que quienes pretenden gozar del dudoso privilegio de la clarividencia ven los pensamientos de las personas presentes como retratados en su propia aura. Yo ya, ¡absurda paradoja!, me veía dotado, en efecto, de la facultad desagradabilísima de poder comprobar por mi la exactitud del odioso hecho, agregando un nuevo conjunto de horrores a mi ridícula vida, y viéndome forzado a tener que ocultar a los demás dones tan funestos, cual si se tratara de un caso de lepra. Mi odio entonces hacia el yamabooshi y el bonzo no tuvo límites, pues aquél, sin duda alguna, había tocado con sus nefastas manipulaciones algún secreto resorte de mi cerebro fisiológico y puesto en acción alguna facultad de las ordinariamente

ocultas en la constitución humana…¡Y el maldito farsante japonés había introducido tal plaga en mí mismo!

De nada práctico me servía in¡ impotente cólera. Además, bogábamos ya en aguas europeas, y de allí a pocos días anclaríamos en Hamburgo, donde cesarían mis dudas y temores. Aun cuando la clarividencia pudiese existir en algún caso, tal como en la lectura de los pensamientos, lo de ver las cosas a distancia, según yo lo había soñado bajo la sugestión del yamabooshi, era demasiado admitir dentro de las humanas posibilidades…Pese a todos estos tristes razonamientos, mi corazón parecía decirme que me engañaba en ellos, sintiendo como si mi definitiva condenación se hallase próxima, con sufrimientos tan atenazadores, que intensificaban peligrosamente mi postración física y mental.

La noche misma de nuestra entrada en Hamburgo me asaltó un ensueño cruel. Me parecía que yo mismo me veía muerto; mi cuerpo yacía rígido e inerte, y al par que mi conciencia se daba cuenta de ello, parecía prepararse también a su extinción; más, como tenía aprendido que el cerebro, conservaba el calor vital durante unos minutos más que los órganos periféricos, aquello no me podía extrañar. Así, en el crepúsculo del gran misterio, al borde, ya sin duda, de la tenebrosa sima “que ningún mortal puede repasar una vez franqueada”; mi pensamiento, envuelto en los restos de una vitalidad que escapaba por instantes, se iba extinguiendo como una llama, y asistiendo al propio tiempo a su aniquilamiento, pero tornando mi “yo”, nota de aquellas mis últimas impresiones con el apresuramiento de aquel que sabe que va a caer el negro manto de la nada sobre su conciencia para tener el goce de sentir todo el gran triunfo de mis convicciones relativas a la completa y absoluta cesación del ser…

Todo se iba obscureciendo por momentos en derredor mío. Enormes sombras, fantásticas e informes, desfilaban ante mi desvanecida vista; primero lentas, luego aceleradas, y, finalmente, girando vertiginosas en torno de mí, cual en terrible danza macabra, y una vez alcanzado su objeto de intensificar las tinieblas, abriendo un como indefinido ámbito de vacías e impalpables negruras; un insondable océano de eternidad, por el que, ilimitado, se deslizaba el tiempo, esa fantástica progenie del, hombre, sin que jamás alcance a acabarlo de cruzar…

No en vano ha dicho Catón que los ensueños no son sino el reflejo de todos nuestros temores y esperanzas. Como en estado de vigilia jamás he temido a la muerte, ante la evidencia de mi inminente afán me sentí tranquilo, hasta consolado de que el término de mis torturas mentales se avecindase. La angustia aquella mía se había ya tornado intolerable, y si, como dice Séneca, la muerte no es sino la cesación de todo cuanto fuésemos antes, valía más morir que no soportar durante tantos meses tamaña agonía.

–Mi cuerpo está ya muerto –me decía –y mi “yo”, mi conciencia, que es la que de mi queda por algunos momentos más, se prepara ya a seguirle; debilitándose mis percepciones mentales, se irán borrando segundo tras segundo, hasta que el anhelado olvido me envuelva por completo en su

sudario. ¡Ven, pues, dulce y consoladora muerte; tu sueño sin ensueños es un puerto de paz y de refugio en medio de las borrascas de la vida...! ¡Dichosa, pues, la barca solitaria que a la ansiada orilla de la muerte me conduce! Allí, en su regazo eterno, descansaré por siempre, y tú, pobre cuerpo ¡adiós! ¡Gustoso te abandono, ya que me has dado más dolores que placeres en la vida!

Mientras yo entonaba este himno a la muerte libertadora, la examinaba al par con extraña curiosidad, no pudiendo menos de maravillarme, sin embargo, de que mi acción cerebral continuase siendo tan vigorosa. Mi cuerpo, desvanecido ante mi vista algunos segundos, reaparecía una y varías veces con su cadavérica faz…De improviso experimenté un violentísimo deseo de saber cuánto duraría el complicado proceso de mi disolución antes de que el cerebro, estampando su último sello, me dejase inerte. A través de las, para mí transparentes, paredes de mi cráneo, podía contemplar y hasta tocar mi masa cerebral. ¿Con qué manos?, me es imposible el precisarlo; pero el contacto de su iría y viscosa materia, me producía profundísima impresión. Con un terror indecible, advertí que mi sangre se había congelado por completo, y que, alterada la íntima constitución de mis células cerebrales, se imposibilitaba ya en absoluto todo funcionamiento…Al par, la misma o mayor oscuridad me rodeaba impenetrable en todas direcciones; pero además, enfrente de mi, y fuese la que fuese la dirección de mi mirada, veía un como gigantesco reloj circular, cuya caraza enorme y blanca se destacaba de un modo siniestro sobre aquel oscuro marco que le rodeaba. Su péndola oscilaba con la acostumbrada regularidad a uno y otro lado, como si pretendiese divisar la eternidad, y las agujas señalaban ¡cosa bien extraordinaria!, las cinco y siete minutos, es decir, la hora precisa en que comenzase en Kioto mi tortura.

No bien noté esta terrible coincidencia, cuando, horrorizado del modo más pavoroso, me sentí arrastrado de idéntica manera que antaño; nadando, bogando veloz por debajo del suelo, en el mismo medio viscoso y paradójico. Así me vi otra vez ante la tumba, donde los despedazados restos de mi cuñado yacían; presencié luego, retrospectivamente, su muerte desdichada; la escena de la recepción de la noticia fatal por mi hermana, con el aditamento de su locura, todo sin perder el detalle más mínimo.

Para mayor espanto esta vez, ¡ay!, ya no estaba, acorazado en aquella tranquila indiferencia de roca con que viese la vez primera la escena, sino que mis torturas mentales, mi ansiedad, mi desesperación en medio de aquel ciclón de muerte, ya no tenían límites…¡Oh, y cómo sufría aquel cúmulo de horrores infernales, con el añadido del peor de todos, que era la desesperada realidad de que mi cuerpo estaba ya muerto…!

No bien se hizo una leve pausa de alivio, torné a ver de igual modo la enorme esfera con sus manecillas colosales marcando ¡las cinco y siete y medio minutos! Pero, antes de que hubiera tenido tiempo de darme cuenta exacta de tal cambio, la aguja empezó a moverse lentamente hacia atrás, deteniéndose en el séptimo minuto, para sentirme otra y otra vez forzado a padecer sin término la

repetición de los mismos horrores de bogar por el seno de la tierra y de presenciar la repetición exacta e implacable de las mismísimas escenas espantosas que parecían no terminar jamás…

Al propio tiempo mi conciencia parecía triplicarse, quintuplicarse, decuplicarse, pudiendo vivir y sentir en el mismo lapso de tiempo en media docena de sitios a la vez, desfilando ante mí múltiples sucesos de su vida en diferentes épocas y circunstancias de mi vida, pero predominando sobre todas mi experiencia espiritual de Kioto. A la manera de como en la famosa fuga del Don Juan, de Mozart, se destacan desgarradoras las notas de la desesperación de Elvira, sin que por esto se entrecrucen ni confundan con la melodía del minuet, ni con el canto de seducción, ni con el coro, de la misma manera pasé una y mil veces, mezclada con las congojas de las demás escenas, por aquella indescriptible agonía de Kioto, y oía las inútiles exhortaciones del bonzo, al par que se me presentaban, sin con ello confundirse, múltiples recuerdos, ora de mi niñez o de mi adolescencia, ora de mis padres, ora, en fin, de aquel día memorable en que salvara a un amigo que estaba ahogándose y me burlaba de su padre, que me daba emocionado las gracias por haber así salvado "su alma", no preparada sin duda aún para dar cuentas a "su Hacedor". ¡Todo ello, por supuesto, en la conciencia más complicada y multiforme!

–¡Hablad, hablad de personalidades múltiples, vosotros los profesores de psicofisiologia! –me decía en medio de aquella tortura que habría bastado a matar a media docena de hombres –¡Hablad vosotros, orgullosos, infatuados con la lectura de miles de libros L…jamás podríais explicarme, no obstante, la sucesión de aquella horrorosa cadena real, al par que ensoñada, cuyo desfilar parecía no tener fin. No, aunque se rebelase mi conciencia contra ciertas afirmaciones teológicas, negar no podía ya la realidad de mi Yo inmortal…¿Cuál, es, pues, oh Misterio, tu insondable Realidad que de tal modo conduces, sin término conocido y con el cuerpo ya muerto, a nuestro pensamiento y nuestra imaginación? ¿Podrá, acaso, ser cierta esa doctrina de la reencarnación en la que tanto porfiaba el bonzo que creyese? ¿Por qué no, si cada año nace una nueva hoja y una nueva flor de una misma y permanente raíz?…

En aquel punto, el fatídico reloj desapareció, mientras que la voz cariñosa del bonzo una vez más parecía repetir: "En el caso de que hayáis entreabierto sólo una vez la puerta del augusto Santuario de vuestra alma, tendréis que abrirla y cerrarla una y mil veces durante un periodo que, por más corto que sea, os parecerá una eternidad…"

Un instante después, la voz del bonzo era ahogada por multitud de otras voces en la cubierta. Anegado en un sudor frío, desperté. ¡Estábamos en Hamburgo!

VIII -DESGRACIAS A GRANEL

Mis socios de Hamburgo apenas pudieron reconocerme, ¡tan enfermo, y cambiado estaba! Al punto partí para Nuremberg.

Media hora después de mi llegada a la ciudad de Nuremberg, toda duda relativa a la verdad de mi visión de Kioto había desaparecido. La realidad era, si cabe, peor que aquélla, y en adelante estaba fatalmente condenado a la vida más infeliz. Seguro podía estar de que, en efecto, había visto uno por uno todos los detalles de la tragedia desgarradora: mi cuñado destrozado por los engranajes de la máquina; mi hermana, loca y próxima a morir, y mi sobrina, la flor más acabada de la Naturaleza, deshonrada y en un antro de infamia; los niños pequeños muertos en un asilo, bajo una enfermedad contagiosa, y el único sobrino que sobrevivía, ausente de ignorado paradero. Todo un hogar feliz, aniquilado, quedando yo tan sólo como triste testigo de ello en este miserable mundo de desolación, deshonra y muerte. La brutalidad del choque, el peso horrendo del enorme desastre, me hizo caer desvanecido, pero no sin antes oír estas crueles palabras del burgomaestre:

–Si antes de partir de Kioto hubieseis telegrafiado a las autoridades de la ciudad vuestra residencia y vuestra intención de regresar a vuestro país para encargaros de vuestra familia, hubiéramos podido colocarla provisionalmente en otra parte, salvándolos as! de su destino; pero como todos ignorábamos que los niños tuviesen pariente alguno, sólo pudimos internarlos en el asilo donde por desgracia han sucumbido…

Este era el golpe de gracia dado a mi desesperación. ¡Sí, mi abandono había matado a mis sobrinitos! Si yo, en vez de aferrarme a mis ridículos escepticismos, hubiese seguido los consejos del bonzo Tamoora y dado crédito a la desgracia que por clarividencia y clariaudiencia me había hecho ver y oír el yamabooshi, aquello se hubiera podido evitar telegrafiando a las autoridades antes de mi regreso. Acaso podría, pues, no alcanzarme la censura de mis semejantes; pero jamás podría ya escapar a las recriminaciones de mi propia conciencia, ni a la tortura de mi corazón en todos los días de mi vida. Allí fue, entonces, el maldecir mis pertinaces terquedades; mi sistemática negación de los hechos que yo mismo había visto, y hasta mi torcida educación. El mundo entero no había sabido darme otra…

Me sobrepuse a mi dolor, en un supremo esfuerzo, a fin de cumplir un último deber mío para con los muertos y con los vivos. Pero una vez que saqué a mi hermana del asilo e hice que viniese a su lado a su hija para asistirla en sus últimos días, no sin obligar a confesar su crimen a la infame judía, todas mis fuerzas me abandonaron, y una semana escasa después de mi llegada convertirme en un loco delirante atrapado bajo la garra de una fiebre cerebral. Durante algún tiempo fluctué entre la muerte y la vida, desafiando la pericia de los mejores médicos. Por fin venció mi robusta constitución, y, con gran pesar mío, me declararon salvado…¡Salvado, sí, pero condenado a llevar

eternamente sobre mis hombros la carga aborrecible de la vida, sin esperanza de remedio en la tierra y rehusando creer en otra cosa alguna más que en una corta supervivencia de la conciencia más allá de la tumba, y con el aditamento insufrible de la vuelta inmediata, durante los primeros días de la convalecencia, de aquellas inevitables visiones, cuya realidad ya no podía negar, ni considerarlas de allí en adelante como “las hijas de un cerebro ocioso, concebidas por la loca fantasía”, sino la fotografía de las desgracias de mis mejores amigos! ¡Mi tortura era, pues, la del Prometeo encadenado, y durante la noche una despiadada y férrea mano de hierro me conducía a la cabecera de la cama de mi hermana, forzado a observar hora tras hora el silencioso desmoronarse de su gastado organismo, y a presenciar, como si dentro de él estuviese, los sufrimientos de un cerebro deshabitado por su dueño, e imposibilitado reflejar ni transmitir sus percepciones. Aún había algo peor para mí, y era el tener que mirar durante el día el rostro inocente e infantil de mi sobrinita, tan sublimemente pura en su misma profanación, y presenciar durante la noche, con el retorno de mis visiones, la escena, siempre renovada de su deshonra…Sueños de perfecta forma objetiva, idénticos a los sufridos en el vapor, y noche tras noche repetidos…

Algo, sin embargo, se había desarrollado nuevo en mí, cual la oruga que, evolucionando en crisálida, acaba por transformarse en mariposa, el símbolo del alma; algo nuevo y trascendental había brotado en mi ser de su antes cerrado capullo, y veía ya, no sólo como en un principio y por consecuencia de la identificación de mi naturaleza interna con la del dai–djin obsesor, sino por el espontáneo desarrollo de un nuevo poder personal y psíquico que aquellas infernales criaturas trataban de impedir, cuidando de que no pudiese ver nada elevado ni agradable. Mi lacerado Corazón era fuente ya de amor y simpatía hacía todos los dolores de mis semejantes, cual si un corazón nuevo fluyese fuera del corazón físico, repercutiendo fuertemente en mi alma separada del cuerpo. Así, ¡infeliz de mí!, tuve que apurar hasta las heces del sufrimiento por haber rechazado en Kioto la purificación ofrecida, purificación en que tardíamente creía ya, bajo el insoportable yugo de dai–djin.

Poco falta de mi triste historia. La pobre mártir de mi hermana loca, falleció, al fin, víctima de la tisis; su tierna hija no tardó en seguirla. En cuanto a mí, ya era un anciano prematuro de sesenta años, en lugar de treinta. Incapaz de sacudir mi yugo, que me mantenía tan al borde de la locura, tomé la resolución heroica de tornar a Kioto, postrarme a los pies del yamabooshi, pedirle perdón por mi necedad y no separarme de su lado hasta que aquel espíritu infernal que yo mismo había evocado, y del que mi incredulidad me impidió el separarme, fuese ahuyentado para siempre…

Tres meses después, me vi nuevamente en mi casa japonesa al lado del venerable bonzo Tamoora Hideyeri, para que me condujese, sin perder un momento, a la presencia del santo asceta…La respuesta del bonzo me llenó de estupor. ¡El yamabooshi había abandonado el país sin que se supiese su paradero y, según su costumbre, no tornaría al país hasta dentro de siete años!

Ante tamaño contratiempo fui a pedir ayuda y protección a otros santos yamabooshis, y aun cuando sabía harto bien que en mi caso era inútil el buscar otro Adepto eficaz que me curase, mi venerable amigo Tamoora hizo cuanto pudo por remediar mi desgraciada situación. ¡Todo en vano!; aquel gusano roedor amenazaba siempre acabar con mi razón y con mi vida. El bonzo y otros santos varones de su fraternidad me invitaron a que me incorporase a su instituto, diciéndome:

–Sólo el que evocó sobre vos el dai–djin es quien tiene el poder de ahuyentarle. ínterin llega, la voluntad y la firme fe en los nativos poderes inherentes a nuestra alma es la que os puede servir de lenitivo. Un "espíritu" de la perversión de éste puede ser desalojado fácilmente de un alma en un principio, pero si se le deja apoderarse de ella, como en vuestro caso, se hace punto menos que imposible el desarraigar a tamaño ente infernal, sin poner en gran peligro la vida de la víctima.

Agradecido, acepté lo que aquellos piadosos varones me proponían. No obstante el demonio de mi incredulidad, tan arraigada en mi alma como el propio dai–djin, me esforcé en no perder aquella mi última probabilidad de salvación. Arreglé, pues, mis negocios comerciales. A pesar de mis pérdidas, me vi sorprendido con que poseía una regular fortuna, aunque las riquezas, sin nadie con quien compartirlas, ya no tenían atractivo alguno para mí, porque, con el gran Lau–tze, había ya aprendido que el conocimiento, la distinción entre lo que es real y lo que es ilusorio, es el áncora de salvación contra los embates de la vida. Asegurada una pequeña renta, abandoné el mundo e me incorporé al discipulado de "los Maestros de la Gran Visión", en un retiro tranquilo y misterioso, donde, en soledad y silencio, llevo sondados mil hondos problemas de la ciencia y de la vida, y leído numerosos volúmenes secretos de la biblioteca oculta de Tzionene, mediante lo que he logrado el dominio sobre ciertos seres del mundo inferior. Pero no pude conseguir el gran secreto del señorío sobre los funestos dai–djin. La clave sobre tan peligroso elemental sólo es poseída por los más altos iniciados de aquella Escuela de Ocultismo, pues hay que llegar antes a la suprema categoría de los santos yamabooshis. Mi eterno y nativo escepticismo era siempre un obstáculo para grandes progresos, y así, en mi nueva situación serenamente ascética, los consabidos cuadros se reproducían de cuando en cuando sin que lo pudiese evitar, por lo que convencido de mi ineptitud para la condición sublime de un Adepto ni de un Vidente, desistí de continuar. Sin esperanzas ya de perder por completo mi don fatal, regresé a Europa, confinándome en este chalet suizo, donde mi desgraciada hermana y yo hemos nacido, y donde escribo.

–Hijo mío –me había dicho el noble bonzo –no os desesperéis. Considerad como una mera consecuencia de vuestro karma lo que os ha sucedido. Ningún hombre que voluntariamente se haya entregado al señorío de un dai–djin puede esperar nunca el alcanzar el estado de yamabooshi, Arahat o Adepto, a menos de ser purificado inmediatamente. Al igual de la cicatriz que deja toda herida, la marca fatídica de un dai–djin no puede borrarse jamás de un alma hasta que ésta sea purificada por un nuevo nacimiento. No os desalentéis, antes bien, resignaos con vuestra desgracia que os ha

conducido más o menos tortuosamente a adquirir ciertos conocimientos transcendentes, que de otro modo habríais despreciado siempre. De tamaño conocimiento no os podrá despojar nunca el más poderoso dai–djin. ¡Adiós, pues, y que la gran Madre de Misericordia os conceda su protección augusta y su consuelo...!

Desde entonces, mi vida de estudioso anacoreta ha hecho mucho más tardías mis visiones; bendigo al yamabooshi que me sacara del abismo de mi materialismo primitivo, y he mantenido la más fraternal de las correspondencias con el bonzo Tamoora Hindeyeri, cuya santa muerte, gracias a mi funesto don, tuve el privilegio de presenciar a tantos miles de leguas, en el instante mismo en que ocurría.